



Boletín Oficial Eclesiástico
DE LA
DIOCESIS DE SEGOVIA

Nº 2. Abril - junio 2023

OBISPADO DE SEGOVIA

C/ SEMINARIO, 4
40001 SEGOVIA

Teléfono: 921 460 963 - Fax: 921 460 964

E-mail: obsegovia@planalfa.es

SUMARIO

Felicitación del papa al sr. Obispo.

Con motivo de los 50 años de su ordenación sacerdotal, p. 81

IGLESIA DIOCESANA

I.- Obispo de la Diócesis

Decretos:

Para las Carmelitas de San Ildefonso, p. 83

Homilías:

Misa crismal, p. 85

En la Asamblea de Conferencia Episcopal, p. 89

Escritos Pastorales:

¿Quién es este?, p. 93

El primogénito de entre los muertos, p. 95

Una vida nueva, p. 97

Emaús, p. 99

Vida y vida abundante, p. 102

Tanto tiempo con vosotros, p. 104

La Pascua del enfermo, p. 106

El corazón habla al corazón, p. 108

Pentecostés, p. 110

La relación personal con Dios, p. 112

El escándalo del amor, p. 114

La necesaria compasión de Jesús, p. 116

Confesar a Jesús con la vida, p. 118

Confirmaciones, p. 120

Visita pastoral, p. 121

Agenda del Sr. Obispo, p. 122

II.- Cancillería – Secretaría General

Nombramientos, p. 127

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal

Nota final de la Comisión permanente de junio 2023, p. 133

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre

Carta Apostólica "Sublimitas et miseria hominis", p. 139

VARIOS

Bodas jubilares en San Juan de Ávila, p. 161

Día de convivencia sacerdotal, p. 164

IGLESIA DIOCESANA

FELICITACIÓN DEL PAPA AL SR. OBISPO

Al venerable hermano
CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ,
Obispo de Segovia

Al celebrar las bodas de oro de la ordenación presbiteral, le felicitamos por su diligente labor realizada con celo en su arquidiócesis natal de Madrid y en la iglesia de Segovia, así como en la Conferencia Episcopal de España, y por la probada solicitud con la que se ha hecho servidor de todos, mediante la enseñanza de las Sagradas Escrituras, el sentido pastoral, el cuidado prestado a la educación de los fieles cristianos, sacerdotes y religiosos. Mientras le deseamos todo lo mejor, le impartimos con mucho gusto junto a sus familiares la deseada bendición, pidiendo oraciones por Nuestro ministerio Petrino.

Dado en Roma, en el Laterano, el día 27 del mes de abril del año 2023.

Francisco

I. OBISPO DE LA DIÓCESIS

DECRETOS

PARA LAS CARMELITAS DE SAN ILDEFONSO

CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ OBISPO DE SEGOVIA

El paso de este mundo al Padre de la hermana carmelita María Beatriz del Egidio Quicios, priora del monasterio de la Sagrada Familia y San Juan de la Cruz, en la Granja de san Ildefonso (Segovia) aún nos llena de tristeza a cuantos la hemos tratado, pero de forma particular a todas ustedes, hermanas de la comunidad. Por ello, deseo expresarles una vez más mi cercanía y cuidado pastoral como obispo de la diócesis.

Como saben, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada me confió, antes del fallecimiento de la madre priora, que nombrara, tras escuchar a cada una personalmente, una Superiora administradora del monasterio. El hecho de la presencia de dos nuevas hermanas en su comunidad me ha planteado la cuestión de si debía aplicar el mandato de la Congregación o debían ser ustedes quienes designaran a la hermana que preste el servicio de priora. A estos efectos es necesario clarificar la situación de las hermanas que forman parte del monasterio.

Como les dije en mi entrevista del pasado 18 de los corrientes, he consultado a la Congregación, que aún no me ha respondido. Habiendo requerido de mi vicario judicial

su consejo, con el fin de que no permanezcan en esta situación y con la reserva de lo que puedan decidir las autoridades competentes, estimo que debo tomar la decisión que les indico seguidamente y por lo cual:

DECRETO

Que la hermana **EVA TERESA MARÍA DEL CORAZÓN DE JESÚS** por el presente decreto, en virtud del mandato de la Congregación inserto en su carta del 9 de enero de 2023, asuma el cargo de **Superiora administradora del Monasterio** durante el tiempo necesario para conocer la situación canónica de las hermanas que de hecho se encuentran en el monasterio.

Notifico el presente decreto al vicario episcopal para la vida consagrada de la diócesis de Segovia, a quien encargo lo ejecute en la forma siguiente:

Que se lo entregue a la Superiora así nombrada, quien recibéndolo y leyéndolo en el capítulo convocado al efecto, en el que estará presente el Sr. Vicario, lo acepte y tome posesión del nombramiento recibido, sin que sea necesario ningún otro acto canónico, para lo cual dispenso de cualquier otra formalidad que exija el derecho canónico.

Espero que, de esta forma, queridas hermanas, experimenten la fraternidad de la iglesia diocesana de Segovia y mi personal cura pastoral, agradeciendo sus oraciones en este intercambio de dones, con el que el Santo Espíritu anima a la Santa Iglesia de Jesucristo.

Dado en Segovia, a dieciocho de mayo de dos mil veintitrés

+ César, obispo de Segovia.

Por mandato

Mons. Alfonso M^a Frechel, canceller

HOMILÍAS

«El amor de Cristo nos urge»

Homilía para la misa crismal
(Segovia, 3 de abril de 2023).

Esta celebración de la misa crismal nos remite al ambiente del jueves santo cuando Jesús celebra con los suyos la eucaristía. Esta catedral se convierte en el cenáculo de la intimidad con Jesús, lugar de misterios y confidencias, de secretos y verdades que nos revela como enviado del Padre: nos sitúa en la antesala de la pasión y de la gloria. Somos la estirpe que ha bendecido el Señor, su pueblo sacerdotal y sus ministros que, ungidos como él, son enviados para anunciar la buena noticia a quienes sufren en su cuerpo y en su espíritu. Cada uno de nosotros ha recibido la unción del Espíritu para formar parte de este pueblo que, según Isaías, «será célebre entre las naciones» (Is 61,9). Ya se entiende que no es celebridad mundana.

Cuando Jesús entró en la sinagoga para la liturgia del sábado, dio sentido al texto de Isaías que hemos proclamado aplicándoselo a sí mismo. Ha llegado el único que puede leer con todo derecho en primera persona el texto del profeta: «Hoy se ha cumplido esta escritura que acabáis de oír». Es el Ungido de Dios, «el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que ha de venir», según el Apocalipsis. Es el que puede darse a sí mismo el nombre que Dios reveló a Moisés: «Yo soy». Aquí y ahora, el Señor nos lo recuerda para que no pensemos que la Unción que él nos deja, y sus frutos, es obra e institución nuestra. Somos su pueblo, sus vástagos, sus sacerdotes y ministros. Nada de lo que hace la Iglesia puede hacerse sin él. Sólo en su nombre y persona se nos da la unción para que la llevemos a los hombres como don y regalo de la salvación de Cristo. Si miramos

hacia atrás escuchamos a Jesús que nos dice: «Hoy se cumple esta Escritura»; si miramos hacia el futuro, nos dice también: «Mirad, viene entre las nubes. Todo ojo lo verá, también los que lo traspasaron» (Apc 1,7).

Vivimos, por tanto, entre el cumplimiento de la profecía y la consumación final. En Cristo se ha cumplido la Escritura; cuando vuelva, consumará la salvación. Vivimos en el tiempo de la Iglesia, de la esperanza, de la salvación ofrecida a todas las naciones, que pone al hombre ante la decisión a favor o en contra de Cristo. En este tiempo, el Espíritu es el impulsor de la obra de Cristo hacia la consumación final. Nosotros no podemos precipitar la historia hacia su final ni garantizar lo que conviene en cada momento ni ofrecer solución definitiva al drama del hombre, con sus implicaciones sociales, políticas y culturales. Tampoco Jesús lo hizo durante su ministerio entre los hombres. Como él, somos enviados para anunciar la buena noticia a los pobres, para consolar y sanar a los afligidos, para abrir las puertas de este pueblo sacerdotal a quienes deseen entrar. Para cumplir con esta misión, tenemos lo único y necesario que la hace posible: «El Espíritu de Dios está sobre mí». Es el Espíritu de la verdad y de la unidad en el amor.

Gracias al Espíritu nos mantenemos unidos. Él nos cohesionan con la unción que se extiende desde la Cabeza, que es Cristo, hacia todos los miembros del Cuerpo. En cuanto unguidos, los cristianos laicos hacen presente la salvación de Cristo como fermento en la masa, con la vida indestructible que han recibido en el bautismo, en la confirmación y en los demás sacramentos. El Señor ha hecho con vosotros «un pacto perpetuo». Sois pueblo sacerdotal que ofrece a Dios el culto de la propia vida, del trabajo, de la edificación de la iglesia y de la sociedad. Dios os da su «salario fielmente» cada vez que actuáis en su nombre y para su gloria. Dios es fiel.

Para que podáis realizar el sacerdocio bautismal y regio, Dios os ha dado en vuestros hermanos presbíteros, el servicio inestimable de su ministerio que visibiliza al único y definitivo Pastor y Obispo de nuestras almas, que es el Señor Jesús, el Ungido. Vivimos por tanto en una estrecha e indivisible relación, gracias a los sacramentos de Cristo, que nos permite, a pesar de nuestros fallos y pecados, estar unos al servicio de otros sin competencias estériles ni rivalidades sobre quiénes son los más importantes, los primeros. La unción de Cristo es para que el Cuerpo se mantenga unido en todos sus miembros. Sólo así podemos vivir la sinodalidad que desea el Papa Francisco. La fuente de la sinodalidad está en Cristo, Camino, Verdad y Vida. Si vivimos en él con la gracia de los sacramentos, caminaremos en él y confesaremos la Verdad. Sin el Espíritu de Dios nadie puede decir que Jesús es el Cristo, y nadie puede vivir unido a él, puesto que es el Espíritu el que da cohesión y vida a los miembros. El Espíritu de la unidad.

Gracias a la unción bautismal y sacerdotal vivimos unidos a Cristo como sarmientos a la vida. Si caminamos en él, confesaremos la verdad y poseeremos la vida eterna. Nos lo ha dicho el texto del Apocalipsis: «Al que nos ama y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre, a él la gloria y el poder por los siglos». Todos nosotros sabemos hasta qué punto Cristo nos ama y nos redime cada día. La respuesta a este amor solo puede ser la correspondencia de dar la vida por los hermanos, como dice la primera carta de Juan. Este es el secreto de la fecundidad de la iglesia. Si decimos que hemos conocido el amor, solo podemos amar como él nos amó. He aquí el gran reto de cada cristiano y de la totalidad de la Iglesia. Esto significa la bendición de los óleos y la consagración del Crisma. Si el Señor ha querido hacer del aceite, útil y sencilla criatura, el cauce del sacramento, ¡qué

no habrá querido hacer con nosotros al elegirnos miembros suyos y ministros de su gracia! ¿Cabe mayor confianza y responsabilidad?

Al contemplar cómo Dios recrea el universo por medio del aceite, una criatura que ni ama ni tiene libertad, ¿cuál será su plan sobre nosotros? Más aún. En nuestras manos, queridos sacerdotes, ha puesto su iglesia, que es el germen de la humanidad recreada. Nos envía, ungidos por el Espíritu, para predicar el evangelio, sanar al hombre de sus males y librarlo de pecado. Nos cede su lugar para que actuemos en su nombre. Si miramos el mundo con los ojos de Dios, sabremos qué necesidad tiene de Dios, de su gracia, y de nosotros. Es cierto que los hombres no nos dicen: ¡os necesitamos! Es verdad, pero no es preciso que nos lo digan. Nosotros lo sabemos, a no ser que pequemos de indiferencia. Sí, hermanos sacerdotes, el mundo nos necesita porque necesita a Cristo, a Dios, a esta pobre casa de pecadores que es la iglesia. Necesita la palabra de la verdad y de la vida. ¡Hay tanto dolor, sufrimiento, violencia, guerra, corazón endurecido! ¡Hay tanta mentira, manipulación y oscuridad que estaríamos ciegos si no lo viéramos y, en consecuencia, si no acudiéramos en ayuda de quienes lo padecen! No se equivoca Isaías cuando dice que el Mesías viene a cambiar las cenizas por una diadema, el duelo por perfume de fiesta y un vestido de alabanza por un espíritu abatido (Is 61,3). Esto no es simple poesía, aunque es muy buena. Es la realidad que tocan nuestras manos.

Vayamos, pues, sin tardanza. No esperemos a que los hombres vengan a solicitar nuestro servicio. No podemos retener en nuestras manos el aceite de la salvación. La caridad nos urge, dice Pablo. Vayamos con la prisa de María para ayudar a Isabel. Con la prisa de Jesús para encender este mundo con su fuego. Con la fidelidad de los santos que era fuente de energía y creatividad. Vayamos a nues-

tro mundo, porque Dios lo ama y le ha entregado a su Hijo como signo de su amor infinito. Eso basta. Y, aunque experimentemos rechazo, recordemos que ya lo dijo el Señor que nos unió a su destino: «No es el siervo mayor que su Señor». Vayamos, pues, y cantemos sus misericordias. Amén.

Obediencia a Cristo

Homilía en la eucaristía de acción de gracias
por las bodas de oro sacerdotales en la asamblea
plenaria de la CEE (20 de abril de 2023)

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Agradezco de corazón vuestro gesto de afecto y comunión al invitarme a presidir la eucaristía en acción de gracias por mis cincuenta años de sacerdocio que cumpliré, si Dios quiere, el próximo 20 de mayo. Me uno también a la acción de gracias de otros hermanos que celebráis vuestras bodas de plata o de oro como presbíteros u obispos.

Me alegra que esta eucaristía sea en el tiempo gozoso de la Pascua. Fue en Pascua cuando el Señor se hizo ver con la vida nueva que nos ha regalado. Fue en Pascua cuando confirmó a los Doce en la elección y sopló sobre ellos el Espíritu de la nueva creación para renovarlos totalmente. Fue en Pascua cuando los apóstoles, a quienes nosotros sucedemos, comieron y bebieron con él y recibieron el mandato de ser sus testigos en la Iglesia y en el mundo. Este tiempo, por tanto, nos remite a los orígenes de nuestra llamada y elección y nos recuerda el infinito amor que Cristo nos tiene.

Al mirar hacia atrás, el tiempo se comprime y se reduce, como dice el salmo, a un ayer que pasó. Un ayer intenso, rebotante de ilusión y de vida, dominado por la gratitud de haber servido a Cristo y a los hombres, a pesar de mis

pecados y debilidades que confío a la misericordia del Padre y por los que pido perdón. Mirando hacia adelante, me conforta pensar en la escena final del evangelio de Juan, a la orilla del mar de Galilea, cuando el Resucitado camina delante de Pedro hacia un horizonte abierto que inaugura el tiempo de la Iglesia. En la orilla queda la red llena de 153 peces, símbolo de todos los hombres que crearán en Cristo, atraídos por el quehacer apostólico. En esa escena no se dice a dónde va Jesús, pero va delante de todos hasta la consumación de la historia. Camina delante como *guía y salvador*, según hemos escuchado en el libro de los Hechos. Todos nosotros vamos detrás como testigos.

Las dos lecturas proclamadas afectan de modo directo a nuestra vocación y misión porque nos remiten al Testigo cualificado de Dios, el que está por encima de todos pues viene de arriba. En su diálogo con Nicodemo, Jesús se designa a sí mismo como el *que da testimonio de lo que ha visto y ha oído*, y por ello *habla las palabras de Dios*. Nosotros, por pura gracia, hemos entrado en la estrecha comunión del Padre y del Hijo y participamos de su misión de dar testimonio de lo que hemos visto y oído. Para que nuestras palabras sean verdaderas, deben reproducir las palabras del Hijo en cuyas manos el Padre ha puesto todas las cosas. No hablamos de nosotros ni nos predicamos a nosotros mismos. Hablamos de lo que hemos recibido al ser incorporados al ministerio de Cristo. Esta es nuestra misión y nuestro gozo. Por ello, quiero dar gracias al Señor, por haberme permitido durante estos cincuenta años decir al mundo sus palabras, aunque las haya dicho con la torpeza y limitación de quien sabe que no puede expresar debidamente lo indecible.

Los apóstoles, según hemos escuchado, llenaron Jerusalén con la enseñanza sobre Jesús, *que fue colgado de un madero y exaltado a la diestra de Dios como guía y salvador*. Esta ad-

mirable síntesis del kerigma primitivo marca para siempre nuestro ministerio, como marcó a los Doce que tuvieron que sufrir por el nombre de Cristo. Todos tenemos experiencia de que nuestro ministerio como sacerdotes y obispos nos ha expropiado la vida para poder acoger con mayor libertad y obediencia la palabra de Dios, la vida misma de Cristo presente en nosotros en virtud de la imposición de las manos por la que Cristo nos hizo posesión suya. A nuestro modo, también nosotros hemos llenado el mundo (nuestro pequeño mundo) con el nombre de Jesús. Y con toda seguridad, en ocasiones, hemos tenido que padecer por él como padecieron los apóstoles. En su discurso de despedida ya advirtió Jesús que el siervo no es más que su señor y que del mismo modo que el mundo hostil a él le rechazó, rechazará a los suyos. También esto forma parte de nuestro testimonio, de lo que hemos visto y oído al Señor, si permanecemos fieles a él y a su palabra. Y también en esto encontraremos, como los apóstoles, un motivo de alegría por haber sufrido algo en el nombre del Señor.

Cuando Pedro toma la palabra para responder ante el sanedrín por no haber cumplido su mandato de no enseñar en el nombre de Jesús, dice con toda sencillez: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Seguramente cualquier miembro del tribunal judío, que fuese fiel a la ley, aceptaría sin reservas esta respuesta. La fe por naturaleza es obediencia. San Pablo utiliza la fórmula «obediencia de la fe», que puede entenderse como la obediencia que nace de la fe o como la misma fe. En su sentido más radical, creer es obedecer. Es lo que hizo Jesús en toda su vida: obedecer al Padre; y su obediencia nos trajo la salvación y la vida. Frente a la desobediencia del viejo Adán, el Nuevo nos ha dejado como legado su obediencia, que, bien entendida, es la única actitud que expresa el amor al Padre. Cuando en nuestra ordenación sacerdotal prometimos obediencia al

obispo y a sus sucesores, no hicimos un mero gesto de sujeción a la autoridad eclesial, sino que expresamos nuestra disponibilidad a servir a Cristo con la obediencia que él ofreció a su Padre, una obediencia que es fuente extraordinaria de libertad. Quiero recordar con gratitud ahora ante el altar del Señor al obispo que me ordenó, el cardenal Tarancón y a los formadores, profesores y amigos que me ayudaron en el camino hacia el sacerdocio. También a mis benditos padres que me engendraron en la fe.

Al final de su discurso, Pedro dice: «Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu que Dios da a los que le obedecen» (Hch 5,32). Sobrecoge pensar que nuestro testimonio se sitúa junto al del Espíritu. Os invito, hermanos, a dar gracias a Dios por habernos constituido testigos del misterio pascual de Cristo que ha sellado para siempre nuestras vidas. Es una gracia inmerecida la vocación sacerdotal entendida como incorporación a la persona y misión de Cristo, la única que puede salvar a este mundo de su caducidad y servidumbre a la muerte. Sólo Cristo es guía y salvador de los hombres. Servirle a él es el mejor servicio que prestamos a los hombres. Para ello, pidamos el don del Espíritu que Dios da a los que le obedecen. Paradójicamente, es el Espíritu de la libertad para anunciar sin temor ni reservas el Evangelio de Cristo, y, al mismo tiempo, el espíritu de la obediencia que nos somete a Cristo como al único Señor. Solo así, en obediencia a Cristo, podremos ser testigos suyos en el mundo y proclamar que ha sido constituido Señor sobre la vida y la muerte para la conversión y el perdón de los pecados.

Cincuenta años son pocos para anunciar tan gran misterio. No es que quiera vivir otros cincuenta. Otros lo harán en cada momento de la historia. Pero, puesto que han pasado, con María la Virgen quiero decir que mi alma se alegra en Dios mi salvador porque ha mirado mi pequeñez y

pobreza. Os invito a encomendarnos a ella, humilde esclava del Señor, para que nos haga vivir siempre con alegría *la obediencia de la fe*, que es obediencia a Cristo, el Señor.

ESCRITOS PASTORALES

¿QUIÉN ES ESTE?

La Semana Santa se inicia con la procesión de ramos que escenifica la entrada de Jesús en Jerusalén. Jesús es aclamado por el pueblo como mesías pacífico, sobre un asno, tal como anunció el profeta Zacarías. Dice el Evangelio que «toda la ciudad se sobresaltó preguntando: ¿quién es éste?». Algo parecido se dice de Jerusalén cuando los magos de oriente preguntaron por el rey de los judíos que acababa de nacer. ¿Por qué se sobresaltó la ciudad? Tanto el nacimiento de Jesús como su entrada en la ciudad santa podían ser interpretados con dos claves contrapuestas. Se sobresalta Herodes y su ciudad ante la amenaza de un rey que le dispute el trono. Cuando Jesús entra en Jerusalén, el sobresalto se manifiesta en la pregunta: ¿Quién es éste? Si es el mesías esperado, debería venir con más realeza; si no lo es, ¿por qué entra con tanto júbilo y montado en un pobre asno?

La pregunta sobre Jesús atraviesa los cuatro evangelios con diferentes matices. Hasta en el grupo de sus discípulos se conjetura sobre la posibilidad de que sea el mesías y algunos de ellos quieren sentarse a su derecha y a su izquierda. Entre el pueblo, hubo gente que quiso hacerlo rey, y ante Poncio Pilato la pregunta es directa: ¿Eres tú el rey de

los judíos? Al final, Pilato decidió crucificarlo con el título de la cruz: Jesús Nazareno, rey de los judíos.

La respuesta a esta pregunta nos la da la liturgia en la Eucaristía de este domingo. Después de la procesión de ramos, ya en el templo, leemos la lectura de la Pasión. Jesús, ciertamente, es el mesías esperado y rey de los judíos y del universo. Pero ha venido de forma distinta a la esperada. Es un rey que se llama siervo paciente, varón de dolores, manso y humilde de corazón. No viene revestido de poder, sino de nuestra humilde carne mortal; no viene a librar batallas políticas, sino con la paz entre Dios y los hombres; no se rodea de poderosos, sino de pecadores y del pueblo humilde que le acoge con fe; no trae leyes opresoras, sino la ley de la libertad y del amor; su púrpura es la de su propia sangre; su corona es de espinas y su cetro, una caña. Su trono, en definitiva, es la cruz, y sus compañeros de patíbulo, dos malhechores. Pero tiene tal soberanía y mansedumbre que convierte a uno de ellos y le lleva a su reino, mientras el centurión confiesa que es el Hijo de Dios y hasta los que le acusaron ante el sanedrín se van dándose golpes de pecho.

Cuando muere, se oscure el sol, tiembla la tierra y el velo del templo de rasga en dos mitades en señal de duelo y de victoria. De duelo, porque ha muerto el Hijo de Dios y el templo queda sin sentido. De victoria, porque el velo significaba la distancia entre Dios y los hombres. Sólo una vez al año, cuando el sumo sacerdote pasaba más allá del velo, Dios concedía el perdón de los pecados de Israel. Al rasgarse el velo, la distancia desaparece, Dios se acerca al pueblo de manera misericordiosa e indulgente. Ya no es necesaria la sangre de víctimas animales. Jesús la sustituye con su propia sangre porque el velo de su carne se ha desgarrado y se ha abierto un camino directo hacia Dios que nadie puede cerrar. La carne de Jesús es el velo rasgado a través del cual todo hombre, hasta el pecador más caído,

puede pasar con la certeza de ser abrazado por Dios. Jesús realiza el verdadero culto. Para ello, ha debido dejar que su carne se rasgara con la lanza y la puerta de su costado diera paso a la revelación suprema del amor de Dios manifestado en Cristo. No debe sorprender que se abrieran las tumbas de Jerusalén y los muertos salieran. La victoria de Cristo hace saltar la muerte en mil pedazos y amanecer la luz imperecedera.

Segovia, abril 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL PRIMOGÉNITO DE ENTRE LOS MUERTOS

Siempre ha llamado la atención que la comunidad cristiana de Corinto, al poco tiempo de su fundación por Pablo, negara la resurrección de los muertos. No entramos aquí en el espinoso problema de lo que se llama «bautismo por los muertos». Nos interesa resaltar el argumento de Pablo cuando se enfrenta a los «negacionistas» de la resurrección. Al enterarse de este ataque frontal a la fe, dice así: «si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Cor 15,13-14). La lógica de Pablo es impecable. La resurrección de los muertos se fundamenta en el hecho de la resurrección de Cristo, al que Pablo llama en su carta «primicia de los que han muerto»; y en otro lugar «primogénito de entre los muertos» (Col 1,18). Al hablar de primicias o de primogénito, indica que Jesús es el primero de una cosecha abundante y en salir de la muerte. Detrás de él, vendrán los que en él han

muerto. Por eso, negar la resurrección de los muertos es negar el hecho mismo de la resurrección de Cristo. Interesa observar, además, que una de las primeras afirmaciones de la fe cristiana sobre este misterio es la de los Hechos de los Apóstoles que, como sabemos, recoge la primitiva predicación de los apóstoles en Jerusalén a los pocos días de Pentecostés. El texto dice que apresaron a Pedro y Juan porque anunciaban «en Jesús la resurrección de los muertos» (Hch 4,2). La fórmula es extraordinaria. No dice que anunciaban la resurrección de Jesús, sino — permítaseme la glosa — que en Jesús los muertos habían empezado a resucitar.

Para entender esta fórmula, hay que tener en cuenta que en el judaísmo de Jesús (y en el actual), la resurrección es un fenómeno colectivo que tendrá lugar al fin de la historia. Ahora bien, si los apóstoles predicán que Jesús ha resucitado, quiere decir que en él ha comenzado ya la resurrección universal por es “primicia” y “primogénito” de entre los muertos. En cuanto vencedor de la muerte comunica a los demás su propia victoria.

Este mensaje de la Pascua es de enorme actualidad. También hoy hay mucha gente, incluso cristianos, que niegan la resurrección de la carne. Consideran que, después de la muerte, ya se da la resurrección, lo cual es realmente incomprensible si es que uno se toma en serio el término resurrección y el hecho de que las tumbas están llenas de cadáveres. Esto sería una entelequia sin fundamento *in re*, que dirían los clásicos. La resurrección, para que sea tal, es resurrección de la carne, como muestra el hecho del sepulcro vacío de Jesús. Cuando Pedro habla de la diferencia entre el rey David y Jesús, dice: «El patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy... A Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,29.32). El paralelismo es elocuente. No necesita comentario. Jesús no podía permanecer en el

sepulcro por ser el Hijo de Dios. La resurrección no fue la reanimación de un cadáver, sino la transformación de su carne mortal en gloriosa. De ahí que sea un misterio indescriptible, pues, aunque acontece en la historia, la trasciende y pertenece al ámbito de Dios.

Esta resurrección de Jesús es primicia de la nuestra. También nuestros cuerpos serán transformados según el modelo del cuerpo glorioso de Cristo. Esta es la fe de la Iglesia. En realidad, es la única forma de entender la resurrección y dar al cuerpo el valor que tiene, porque, como dice Félix de Azúa, «que el cuerpo sea eterno es la mayor esperanza que se puede concebir y solo cabe en una religión cuyo Dios se dejó matar para que también la muerte se salvara».

Segovia, abril 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia.

UNA VIDA NUEVA

El segundo domingo de Pascua, llamado también de la Divina Misericordia, pone de relieve la primera consecuencia de la resurrección de Cristo: el nacimiento de la Iglesia. Los teólogos de la crítica liberal, que negaban la resurrección como hecho histórico, se las veían y deseaban para explicar dos cosas que, sin la resurrección, carecen de lógica. La primera es el nacimiento del domingo como día del Señor. La segunda, el nacimiento de la comunidad de la Iglesia. El cambio del sábado al domingo en el seno del judaísmo, solo se explica si en ese día sucedió algo que superaba las expectativas de los discípulos de Jesús. Del mismo modo, el nacimiento de la Iglesia tiene justa explicación

si Jesús se mostró vivo y resucitado a los apóstoles que no daban crédito al anuncio de las mujeres.

La resurrección supuso una auténtica revolución en el judaísmo. No fue solo el paso de la incredulidad a la fe, sino la comprensión de que se había operado un cambio sustancial en la humanidad: si la muerte había sido vencida, todo adquiriría una dimensión nueva. De ahí que la resurrección se entendiera como una «nueva creación» que da sentido a la primera y, de hecho, la redime. Los primeros cristianos entendieron esto con toda claridad. En el libro de los *Hechos* se describe la primera comunidad como una forma de vivir completamente nueva: la comunión de bienes, que se hacía libremente, expresaba la transformación realizada por la resurrección del Señor. Más aún, el texto de los *Hechos de los Apóstoles* afirma que este modo de vivir gozaba de la aprobación y simpatía de la gente que se unía a ellos para participar de esa novedad. El testimonio de los cristianos era tan atrayente que se convertía, como había prometido Jesús en el discurso de despedida, en el mejor camino de evangelización. Es muy significativo el comentario de san Lucas al describir la vida de los cristianos: «eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando» (Hch 2,47).

Este carácter evangelizador de la vida de los cristianos se ha repetido en la historia del cristianismo siempre que se ha comprendido la resurrección como un giro copernicano en la forma de vivir. El apóstol Pablo exhorta a los Colosenses a vivir aspirando a las cosas de arriba, lo cual no quiere decir que deban abandonar este mundo. Se trata de dejarse llevar por el Espíritu de la Vida que el Resucitado ha insuflado en la Iglesia, de forma parecida a lo que hizo Dios en la creación cuando insufló en Adán la vida y lo convirtió en un ser vivo. Jesús sopla sobre sus apóstoles y les insufla su propio espíritu para que sean capaces de llevar adelante la misión que les confía.

En sus exhortaciones habituales, el Papa Francisco insiste en esta idea para que los cristianos no hagamos del cristianismo una idea o filosofía (mucho menos una ideología), sino que vivamos la fe enraizada en la vida, y ofrezcamos a los demás nuestra propia experiencia de conversión. Para hacer esto, tenemos que dejarnos transformar por la fuerza del Resucitado. Es obvio que en la Iglesia primitiva existía el pecado, la división, la incoherencia. Los escritos del Nuevo testamento no nos ofrecen una imagen idílica de la Iglesia. Sin embargo, la fuerza de la gracia se dejaba sentir en quienes abrazaban la fe en Cristo con la certeza de que se trataba de una forma de vivir distinta de la pagana.

También hoy necesitamos vivir así. El peligro de ideologizar la fe es real. La falta del testimonio de vida puede reducir la fe a propaganda, a un activismo sin consistencia y, en el peor de los casos, a lo que se ha llamado la «apostasía silenciosa» que es el gran drama de Europa.

Segovia, abril 2013
+ César Franco
Obispo de Segovia.

EMAÚS: RETORNO A LA COMUNIÓN

La escena de Emaús es un paradigma de la vida de la Iglesia que vale para todas las épocas. Se puede contemplar desde la presencia de Cristo que nos alienta en el camino; o desde la importancia de la Palabra de Dios que debemos saber leer; o desde la Eucaristía que revela al Cristo glorioso. También es una lección contra la desesperanza de quienes hubieran preferido un mesías distinto.

Hay algo, sin embargo, que explica el relato, aunque no se explicita claramente. Si nos preguntamos por qué los

discípulos de Emaús han perdido la fe, encontramos la respuesta en algo que ellos mismos dicen y ponen en entredicho: no han creído en el anuncio de las mujeres y en el mensaje de los ángeles que dicen «que está vivo». Por eso, se alejan de la comunidad de Jerusalén. Cuando Jesús se acerca a ellos «sus ojos no eran capaces de reconocerlo». Y al iniciar la conversación, «ellos se detuvieron con aire entristecido». Estos dos apuntes reflejan muy bien la falta de fe: tristeza e incapacidad para ver.

La pedagogía de Jesús con estos discípulos es admirable: entra en sus preocupaciones, deja que expansionen su alma y cuenten su visión de las cosas, limitada a sus prejuicios. Después de escucharlos, Jesús les explica lo sucedido desde la perspectiva más amplia de la revelación. Y comenzando por Moisés... les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Los dos discípulos, en realidad, habían contado muy bien lo sucedido con Jesús, pero no lo habían interpretado desde la totalidad de la Escritura.

Cuando finalmente Jesús se revela en la fracción del pan, comprenden la verdad porque la explicación de las Escrituras, hecha por Jesús, enardeció su corazón. Entonces se levantan y, a pesar de la hora — motivo por el que piden a Jesús que se queden con ellos — retornan a Jerusalén y encuentran a los Once y sus compañeros reunidos que les dicen: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro». Ellos, a su vez, contaron lo que les había sucedido y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Podemos decir que los de Emaús han vuelto a la casa que nunca debieron abandonar. Han retornado a la comunión que sustenta la Iglesia. Jesús se muestra desde el primer día de la resurrección como el buen pastor que va en busca de la oveja perdida. Muchos pueden ser los motivos por los que un cristiano puede abandonar la Iglesia: desconfianza, prejuicios, modos de explicar la fe... En la

Iglesia de Jerusalén no todo funcionaba bien, ni todos creyeron en el anuncio de María Magdalena, de las mujeres, de Pedro y Juan. Pero permanecieron unidos a pesar de las dudas e incertidumbres. Y el Señor fue descorriendo el velo del misterio. Con los de Emaús hizo lo mismo: les condujo a la fracción del pan y a la comprensión de que estaba vivo, que ellos habían rechazado de plano. El retorno a Jerusalén hizo el resto. Allí había sucedido una experiencia semejante que llevó a la convicción de que «era verdad».

La pretensión de ser cristiano fuera de la comunión de la iglesia es una quimera imposible. A Jesús se le encuentra en los suyos, en la comunidad fundada por él y reunida en su nombre. Sabemos que esta comunidad no es humanamente perfecta porque el mismo Cristo ha querido contar con su fragilidad, pero es su Iglesia, la única que existe. Cuando el resucitado se aparece a Saulo de Tarso en el camino hacia Damasco y este le pregunta quién es, Jesús responde: «soy Jesús a quien tú persigues». En realidad, Saulo no perseguía a Jesús, sino a sus seguidores. Jesús se identifica con ellos y le hace ver que forman un solo cuerpo. De otra manera, es lo que sucede en Emaús. Los que abandonaron la casa vuelven a ella conducidos por el cayado del Buen Pastor.

Segovia, abril 2023.

+ César Franco

Obispo de Segovia.

VIDA Y VIDA ABUNDANTE

El cuarto domingo de Pascua se llama domingo del Buen Pastor porque Jesús se presenta a sí mismo con esta entrañable imagen tan querida para el pueblo de Israel. Muchos factores intervinieron en la aplicación a Dios de esta imagen con la que el pueblo oraba en uno de sus más conocidos salmos: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Sal 22). La experiencia nómada en el desierto; la elección de David como rey de Israel cuando era un simple pastor de ovejas; los anuncios proféticos de que Dios gobernaría a su pueblo como un pastor, contribuyeron a forjar la imagen. La mala experiencia de reyes indignos alimentó la esperanza de que un día sería Dios mismo, sin necesidad de mediadores, el Pastor de Israel.

Jesús se proclama a sí mismo como el buen pastor al margen de cualquier connotación política o de realeza mundana. El capítulo 10 de san Juan, del que leemos hoy un fragmento, desarrolla esta comparación en un claro contraste entre los bandidos, salteadores y mercenarios que abandonan o destrozan el rebaño, y Jesús, que da la vida por sus ovejas y la expone ante los peligros que las amenazan. La nota singular del pastoreo de Jesús es que da la vida por sus ovejas, una vida abundante que conduce a la eternidad. En la primera carta de Pedro se explicita aún más esta imagen refiriéndola a la muerte de Jesús en la cruz: «Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. Con sus heridas fuisteis curados. Pues andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas» (1 P 2,24-25). Y la *carta a los Hebreos* afirma que Dios «hizo retornar de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, Jesús Señor nuestro, en virtud de la sangre de la alianza eterna» (Heb 13,20).

Esta rica simbología muestra que la *Parábola del Buen Pastor* arraigó en la vida de la Iglesia primitiva para expre-

sar el misterio pascual de Cristo. Jesús deja claro, además, que él es «la puerta de las ovejas». No dice la puerta del redil, sino de las ovejas, detalle que no es insignificante. Son las ovejas las que pueden «entrar y salir» por él, expresión bíblica que significa «moverse con toda libertad» para encontrar los pastos que buscan. Entrar y salir por Jesús revela la libertad de los cristianos para asegurarse la vida que hay en él como Señor resucitado, pastor y guardián de nuestras almas. Los cristianos saben que quien le sigue encontrará los pastos de vida eterna, pero, la imagen de la puerta por la que se entra y se sale indica que es en él donde se alcanza la vida abundante.

Sin necesidad de violentar la imagen, se puede decir que el simbolismo de la puerta conduce espontáneamente a la escena del Calvario en la que el soldado abre el costado de Jesús con una lanzada. El evangelista, testigo de lo acontecido, dice que al punto salió sangre y agua. Si pensó o no en lo que había dicho Jesús sobre su condición de «puerta de las ovejas», no podemos asegurarlo. Una cosa es cierta: los Padres de la Iglesia vieron en el agua y la sangre que manan del costado de Cristo el símbolo de los sacramentos de la Iglesia y la efusión del Espíritu que había profetizado Ezequiel bajo la imagen del agua. ¿No están aquí los pastos abundantes que Jesús promete a sus discípulos? ¿No se abre la puerta que da acceso definitivo a los bienes de la salvación? Es obvio que el testimonio del evangelista trasciende el hecho físico que narra. Por eso, lo justifica con dos citas de la Escritura: «No le quebrarán un hueso» y «mirarán al que atravesaron». De esto se trata: de mirar al Traspasado para comprender que es Pastor y es Puerta.

Segovia, abril 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia.

TANTO TIEMPO CON VOSOTROS

En el tiempo de Pascua leemos pasajes de los Evangelios que contienen diálogos de Jesús con los apóstoles en su discurso de despedida. En el pasaje de este domingo, Jesús les comunica que se va a la casa del Padre y allí preparará a cada uno una morada para que estén con él. Felipe interrumpe a Jesús su discurso y le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Jn 14,8). Lo sorprendente de esta petición es que momentos antes Jesús había dicho: «Si me conocierais a mí, conoceríais también al Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto». No es por tanto extraño que Jesús le replique a Felipe: «Hace tanto que estoy con vosotros, Felipe, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre?».

La importancia de este pasaje para la cristología es trascendental, porque la petición de Felipe obliga a Jesús —si podemos hablar así— a revelar su identidad sin reservas. Lo que Felipe pide a Jesús es ver a Dios, lo cual, según la Escritura, era imposible porque ver a Dios comportaba la muerte. Así se lo dice Dios a Moisés: «Mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida» (Ex 33,20). Ahora bien, si Jesús le dice a Felipe que quien le ha visto a él ha visto al Padre, quiere decir que en Jesús Dios se ha hecho visible y no es necesario, por tanto, que Jesús le muestre al Padre, tal como le pide. Por si aún quedara alguna duda, Jesús interpela de nuevo a Felipe con estas palabras: «No cree que yo estoy en el Padre y el Padre en mí» (Jn 14,10).

Pocos textos de los Evangelios son tan explícitos al mostrar la identidad de Jesús. Desde el comienzo de su Evangelio, san Juan afirma que Jesús ha venido a «revelar» a Dios. Esta revelación no se hace solo con palabras y con signos milagrosos, sino primaria y fundamentalmente en la misma existencia terrena del Hijo que manifiesta al Padre. Jesús es la encarnación visible del Verbo de Dios, Dios

mismo, como dice el prólogo de Juan. Se explica así que, cuando Felipe, pide a Jesús que le muestre al Padre, este le diga: «Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (14,9).

Como hemos dicho, esta afirmación de Jesús es de gran importancia para la cristología porque, de modo indirecto, Jesús proclama su divinidad. No porque se identifique con la persona del Padre, pues son dos personas distintas, sino porque lo propio y singular de Dios – la divinidad – se encuentra tanto en el Padre como en el Hijo. Jesús utiliza este circunloquio para decir que él mismo es Dios porque está en el Padre y el Padre en él. Como en otras ocasiones, Jesús evita hablar claramente de su condición divina para evitar que se le acuse de blasfemia. Aun así, sus afirmaciones son tan claras que los líderes religiosos de Israel entendieron que se hacía igual a Dios y, por esta razón, lo condenaron a muerte.

En nuestros días, después de tantos siglos de cristianismo, hay muchos cristianos, que, como Felipe, piden a Jesús que les muestre a Dios. Da la impresión de que no les basta con contemplar a Cristo y lo miran sin fijarse en su fisonomía divina que se trasluce en su condición humana. En Jesús no hay oposición entre lo divino y lo humano, porque en él, la grandeza de lo humano es tan sobrecogedora que no necesitó hacer milagros para que muchos creyeran en él sólo con verlo. Ahí está el centurión romano que, al verlo morir en la cruz, confesó que era hijo de Dios. Quizás tengamos que aprender a mirar a Jesús con más detenimiento, observar sus gestos y detalles, apropiarnos su verdadera humanidad para que no tenga que reprocharnos: Tanto tiempo con vosotros y aún no me conocéis...

Segovia, mayo 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia

LA PASCUA DEL ENFERMO

En el sexto domingo de Pascua celebramos la Pascua del enfermo que culmina la campaña iniciada en la festividad de la Virgen de Lourdes, el día 11 de febrero. La importancia que la Iglesia da a los enfermos se expresa de diversas maneras: atendiendo a sus necesidades, cuidando a quienes los cuidan y evangelizando el mundo de los ancianos que añaden a la edad el deterioro de la salud. Visitar a los enfermos y aliviar su dolor y soledad es una obra fundamental de misericordia, entendida esta como la compasión que Cristo vive hacia todos los que sufren.

Una de las características de la acción de Dios según la Biblia es la curación de los enfermos y la sanación de quienes sufren en su cuerpo y espíritu. En la primera lectura de este domingo, se dice que Felipe predicaba a Cristo en Samaría y veían los signos que hacía: «de muchos poseídos salían los espíritus inmundos y muchos paralíticos y lisiados se curaban» (Hch 8,5-7). Se añade, además, que «la ciudad se llenó de alegría». La predicación de Cristo y los signos de su presencia llenan el mundo de verdadera alegría porque Jesús ha venido a restaurar al hombre en su totalidad. La unidad del hombre —cuerpo y alma— se restaura con la acción de Dios en Cristo, y la alegría, signo de la renovación pascual, se establece en el corazón del hombre y de la sociedad.

El mensaje de los obispos españoles para esta Pascua del enfermo lleva por lema «Déjate cautivar por su rostro desgastado». Ponemos el foco de atención en las personas ancianas cuya particular belleza se muestra en el desgaste que la entrega de su vida a los demás ha dejado en su rostro. Los que hemos visto envejecer a nuestros padres y familiares conocemos bien esa entrega que ha embellecido su vida de manera especial. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, el rostro de santa Teresa de Calcuta, surcado de arrugas, que reflejaba la belleza de su entrega a los más pobres?

Dejarse cautivar por el rostro desgastado de los mayores significa devolverles todo el amor que ellos han sembrado en el mundo y que recogen con el cariño, reconocimiento y cuidado de quienes les rodean. Saber mirar esos rostros es contemplar el amor derramado a manos llenas, que nunca envejece, sino que brilla con el esplendor de la virtud.

En el Evangelio de este domingo Jesús dice a los discípulos que nunca los dejará huérfanos, porque volverá a ellos mediante la presencia del Espíritu Santo, que es Consolador. Hay muchos tipos de orfandad: la de los niños, la de los abandonados y marginados de este mundo. Una de las más dolorosas es la soledad de los ancianos que ya no tienen más horizonte que la muerte. Aliviar estas soledades es exigencia de nuestra condición humana que, por naturaleza, es solidaria. No obstante, en nuestro mundo escasea esta solidaridad. En las palabras de Jesús a los apóstoles tenemos una llamada a ofrecer el consuelo y la presencia del Espíritu a quienes viven la orfandad del anciano que clama al cielo como la del niño abandonado. Debemos evitar a toda costa que los mayores envejezcan sin dignidad, en condiciones inhumanas. No se trata solo de estrategias prácticas, sino de vivir en el Espíritu de la Pascua, que es renovación de todo lo humano, empezando por las relaciones personales con quienes nos rodean. No podemos mirar a otro lado cuando un rostro nos resulte incómodo. Debemos aprender a mirar cara a cara a la enfermedad, a la ancianidad, como lo hace Dios en su Hijo, a quien no se le escapa ningún detalle del hombre necesitado. Aprender a mirar «según el estilo de Dios, que es cercanía, compasión y ternura» (Papa Francisco). Solo entonces la Pascua será celebración de la Vida que restaura al hombre en su integridad.

Segovia, mayo 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL CORAZÓN HABLA AL CORAZÓN

El Papa Francisco ha escogido para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de este año el lema «hablar con el corazón “en la verdad y en el amor”» (Ef 4,15). Después de haber reflexionado en años anteriores sobre los verbos «ir, ver» y «escuchar», como condiciones para una comunicación verdadera, considera que esta tiene su fundamento en «hablar con el corazón». Este lema recuerda la famosa frase de san Francisco de Sales, «*cor ad cor loquitur*» (el corazón habla al corazón), que eligió para lema cardinalicio san John Henry Newman, y que resume magistralmente el secreto de la comunicación como relación interpersonal que posibilita transmitir la verdad con el amor. Cuando verdad y amor se dan la mano, la comunicación no admite reservas ni estrategias y, por supuesto, ningún compromiso con la falsedad y la mentira. En un mundo como el nuestro, rendido servilmente a la mentira tras la negación de una verdad universal y éticamente vinculante, ¿se puede confiar en una comunicación sin cribas ni filtros ideológicos y políticos? ¿Quién dice la verdad? ¿Quién la defiende con la libertad de quien no se pliega a los intereses del poder, el dinero y la cultura dominante? Si, como vemos con frecuencia, personas destacadas en ámbitos culturales y políticos abdican de sus propias ideas y principios para acomodarse a lo políticamente correcto o exigido para mantenerse en el poder, ¿qué podemos esperar cuando nos hablan de progreso, lucha contra la corrupción y transparencia?

El Papa nos dice que «para poder comunicar “en la verdad y en el amor” es necesario purificar el corazón. Sólo escuchando y hablando con un corazón puro podemos ver más allá de las apariencias y superar los ruidos confusos que, también en el campo de la información, no nos ayudan a discernir en la complejidad del mundo en que vivimos. La llamada a hablar con el corazón interpela radicalmente

nuestro tiempo, tan propenso a la indiferencia y a la indignación, a veces sobre la base de la desinformación, que falsifica e instrumentaliza la verdad».

La comunicación no atañe solo a los profesionales de los medios, sino a todo hombre que busca la verdad y desea transmitirla con máximo respeto. El corazón, no el mero y melifluo sentimentalismo, se convierte en el receptor de la verdad que constituye a la persona como ser para los demás. Para que esta relación con el otro y con la sociedad sea verdadera, es preciso un compromiso con la verdad y con la caridad, que libera al hombre de sus prejuicios y de las ideologías dominantes. Por su propia naturaleza, la ideología reduce la verdad y la manipula al servicio de todo tipo de intereses. «La verdad, dijo Jesús, os hará libres». Quien desprecia o manipula la verdad se hace esclavo de sí mismo. Y quien usa la verdad como arma contra otros, la profana indignamente. La verdad se defiende a sí misma; solo hay que acogerla. Con la razón estimamos su lógica impecable; con el corazón gustamos su belleza y la proclamamos sin artificios.

El elogio que el Papa Francisco hace de san Francisco de Sales, patrono de los periodistas, en su mensaje para este año, pone de relieve que el «criterio del amor» sustenta la verdadera comunicación, puesto que «basta amar bien para decir bien». Por eso, la comunicación no puede reducirse a un mero artificio o estrategia de *marketing*, sino que debe nacer del amor hacia el otro con quien desea establecer vínculos estables en la verdad que nos sostiene y trasciende. ¿No es este, en realidad, el misterio de la comunicación que da origen en la Trinidad, al Verbo nacido del amor de Dios? ¿Y no ha dicho Jesús que él ha venido a comunicarnos todo lo que sabe del Padre y, por esta razón, nos llama amigos?

Segovia, mayo 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia

PENTECOSTÉS

La solemnidad de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo clausura el tiempo de Pascua e inicia lo que se ha dado en llamar «tiempo del Espíritu» o «tiempo de la Iglesia». La historia de la salvación está dividida en tres etapas: la primera, desde la creación hasta la encarnación, tiene por protagonista al Padre; la segunda, desde la encarnación a pentecostés, es el tiempo del Hijo; y, desde entonces hasta el fin de la historia, el Espíritu Santo dirige la barca de la Iglesia. Naturalmente, el hecho de que cada etapa se adjudique a una de las tres personas de la Trinidad no significa que actúen por separado pues en la salvación todos actúan en plena armonía y comunión.

Al partir de este mundo, Jesús dice a sus apóstoles que les enviará desde el Padre al Espíritu Santo, y esto sucede en Pentecostés. Quizás sorprenda a los lectores del Evangelio de Juan que sitúe la donación del Espíritu Santo a los apóstoles el mismo día de la resurrección, tal como se proclama en la liturgia de este domingo. Jesús, en efecto, se aparece a los Doce al anochecer de aquel día y, mediante el gesto de soplar sobre ellos, les otorga el Espíritu Santo con la capacidad de perdonar los pecados. La acción de soplar recuerda lo que hizo Dios al crear a Adán, cuando sopló sobre él para darle vida. Jesús exhala su aliento para otorgar la nueva vida que trae. Al describir este gesto de Jesús, el evangelista quiere decir que con la resurrección de Jesús el Espíritu es comunicado a los suyos, aunque sea en Pentecostés cuando se manifieste sobre toda la Iglesia, reunida con María, de forma solemne y portentosa.

En la aparición de Jesús resucitado en la escena que acabo de comentar hay tres palabras que definen los dones que trae Jesús resucitado: paz, alegría y perdón. El saludo de Jesús, “paz a vosotros”, significa la plenitud de los dones mesiánicos. Además de ser el saludo normal entre judíos,

la paz de Jesús representa, en este caso, la llegada del tiempo definitivo, cuya nota distintiva es la paz. La alegría que experimentan los apóstoles «al ver al Señor» es también el signo de los tiempos nuevos: una alegría que, según Jesús, nadie les podrá arrebatarse. Es la alegría de saberse salvados y amados por Dios. Finalmente, el perdón de los pecados, relacionado con la paz, revela que Dios ha establecido una alianza definitiva con el hombre a través de la muerte y resurrección de Jesús.

Todo esto es Pentecostés. Y todo esto es obra del Espíritu que actúa como admirable constructor de la Iglesia. En el relato de los Hechos de los Apóstoles que lee hoy la Iglesia en la liturgia, se dice, además, que los apóstoles estaban reunidos «en un mismo lugar» con María, la madre de Jesús, algunas mujeres y con sus hermanos. Es la Iglesia en su variada composición. La expresión «en un mismo lugar» no se entiende solo como referencia a un sitio físico, sino a la comunidad establecida por la oración común. El Espíritu, al descender sobre la comunidad, la constituye en «católica», es decir, universal. De ahí que pueda expresarse en todas las lenguas, de forma que todos los hombres puedan escuchar el evangelio «en su propia lengua». La confusión generada en Babel desaparece en Pentecostés con el Espíritu de unidad, gracias al cual, cada cristiano puede decir, como afirma san Pablo, que «Jesús es Señor», el Resucitado, y anunciar a los demás la salvación.

Al preparar el sínodo sobre la sinodalidad, esta fiesta nos ayuda a entender el verdadero sentido de esta palabra. Sínodo significa «caminar con» otros. Esto solo es posible si nos dejamos llenar del Espíritu que infunde en la Iglesia el conocimiento de Dios y nos permite confesar con alegría la fe al mundo de hoy.

Segovia, mayo 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia

LA RELACIÓN PERSONAL CON DIOS

El Dios de los cristianos tiene dos características esenciales. Es un Dios personal y es un Dios que existe en la comunión de tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si hemos llegado a este conocimiento de Dios no es por indagación de nuestra propia inteligencia, sino por revelación de Jesucristo, el Unigénito de Dios, como lo llama el prólogo del cuarto evangelio.

Esta revelación se inició en el primer diálogo con el hombre, según dice el libro del Génesis, continuó con los patriarcas, jueces, reyes y profetas de Israel, y culminó con Jesús, que se encarnó para darnos la plenitud de este conocimiento. Aunque se dice con frecuencia que cuando hablamos de Dios todos nos referimos al mismo, el único existente, no es cierto que sea así. Para muchos creyentes, Dios es un ser abstracto, sin rostro ni nombre, o la personificación de una idea, la que el hombre se forma de él — la perfección, la belleza, la bondad — o, si nos adentramos en las místicas de las religiones, un todo que se auto-recrea y se disuelve a la manera del mar con su ir y venir del oleaje. Los panteísmos no son religiones propiamente dichas, pues carecen de la individualidad de Dios y del hombre, sujetos que constituyen la relación o religación.

La Iglesia ha acuñado el concepto de Dios Trinidad basada en la enseñanza de Jesús, que nos ha revelado al Padre y, una vez resucitado, nos ha enviado al Espíritu que une a ambos en el amor y a nosotros con ellos. Lo individual en Dios distingue a las personas. Lo común, las unifica en la única naturaleza divina. Hay quien piensa que los cristianos somos politeístas y adoramos tres dioses. Esta idea no se sustenta en la Biblia. Los estudios sobre la revelación bíblica muestran que tanto la Palabra como el Espíritu se van distinguiendo progresivamente en Dios. De ser atributos divinos pasan a una «personificación», es decir, a tener

consistencia de personas, que es lo que nos revela Cristo. Cualquiera que lea el evangelio de Juan entenderá que Jesús habla del Padre y del Espíritu, distintos de él, pero en unidad inseparable de voluntad y de acción pues los tres participan de la única esencia divina.

A pesar de los esfuerzos de la teología moderna por insistir en esta riqueza de la comunión de personas, los cristianos empobrecemos nuestra vida espiritual cada vez que excluimos de nuestra oración a alguna de las tres personas. Así como el Padre, el Hijo y el Espíritu se relacionan entre sí sin perder su identidad, los cristianos hemos de mantener una relación personal con cada uno de ellos. Si por el bautismo somos templos de Dios y morada de su gloria, debemos relacionarnos con cada persona enriqueciéndonos con lo que les distingue. Esto aparece claramente en las oraciones litúrgicas de la eucaristía: nos dirigimos al Padre, por mediación del Hijo en el Espíritu que ora y gime en nosotros, según san Pablo, con gemidos inefables. En la vida familiar no nos relaciones de la misma manera con el padre, la madre y los hermanos. Si vale la analogía, en cuanto hijos, invocamos al Padre; en cuanto hermanos de Jesús, sabemos que es el primogénito que nos precede en todo; y cuando necesitamos verdad, consuelo, fortaleza o cualquier otro don, reconocemos al Espíritu que habita en nosotros y nos enseña a pedir siempre lo que nos conviene. ¡Cómo cambia la perspectiva si valoramos la realidad de cada persona en su armoniosa unidad! Nuestra vida se enriquecerá si entendemos, como decía san Anselmo, que Dios siempre es más grande de lo que el hombre puede imaginar. Incluso aprenderemos a tratar a cada ser humano en su propia individualidad y participación en la única humanidad.

Segovia, junio 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia.

EL ESCÁNDALO DEL AMOR

La caridad define a Dios y a la Iglesia. El dogma de la Santísima Trinidad revela que la esencia de Dios es el amor que ha fraguado en la eucaristía, memorial y cena del Señor. Al celebrar la solemnidad del Corpus Christi el domingo siguiente de la Trinidad, la Iglesia fija los ojos en la humanidad de Jesucristo, pan vivo bajado del cielo. El amor de Dios se extiende desde su inabarcable esencia hasta su concreción más cercana al hombre en los alimentos humildes del pan y del vino consagrados en el altar. Dios es amor en su ser y es amor en la existencia cotidiana de la eucaristía, comida de la inmortalidad.

Cuando Jesús habla de este misterio en la sinagoga de Cafarnaún no deja duda sobre dos realidades. En primer lugar, el maná que Dios envió al pueblo de Israel en el desierto prefiguraba el pan que él daría: su carne para la vida del mundo. En segundo lugar, su carne y sangre serán comida y bebida de la vida eterna. Quien come su carne y bebe su sangre habita en Él y Él en quien participa de su banquete. Al anunciar este misterio, muchos se escandalizaron y dejaron de seguir a Jesús; sus apóstoles sufrieron una crisis que les amenazó también con abandonarlo. La cordura y la fidelidad vinieron de Pedro con su confesión de fe: «¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

La eucaristía produjo escándalo. En una lectura superficial del texto, la razón del escándalo proviene de la imagen misma de comer la carne y beber la sangre de una persona. Esto es quedarse en la superficie, pues hay que dar por supuesto que Jesús sabía enseñar y hacerse comprender. En realidad, el escándalo se explica si dar la carne en comida y la sangre en bebida se interpreta como vivir y morir por los demás. Aquí radica el sentido de la eucaristía en cuanto participación de la entrega de Cristo a la muerte por amor. Es el amor lo que escandaliza cuando es verdadero. Amar

y ser amado es asumir la disponibilidad hasta la muerte como expresión del amor hasta el fin. Este es el secreto de la venida del Hijo de Dios a nuestro mundo y la trascendencia de su entrega que supera y transforma la muerte en vida y el alimento ordinario en banquete de la inmortalidad.

Solo si entendemos la eucaristía desde el «escándalo del amor» podemos arriesgar nuestra vida a la manera de Cristo: nos situamos en el mundo como profetas del amor sin medida, el que hemos recibido de Dios y ofrecemos a nuestros hermanos. No se trata solo de dar pan, alimento, vestido ni ofrecer a los más pobres recursos para salir de su postración. Se trata de dar la vida, arriesgarla para que entiendan que son amados hasta el «escándalo» de que su vida vale al menos como la nuestra y, en último término, como la de Cristo inmolado por la humanidad. Sí, el cristianismo es, en su esencia, el «escándalo de la cruz», es decir, lo único capaz de sacudir los cimientos de la persona humana y conducirla a la meta para la que ha sido creada: entregar su vida a los demás.

Al celebrar en la solemnidad del Corpus Christi el Día de la Caridad, la Iglesia desentraña el sentido de la eucaristía como una llamada a vivir el amor de Cristo que, como buen pastor, dio la vida por los suyos. La vida hay que entregarla de manera eucarística, es decir, ofreciéndonos a vivir y morir por los demás en la existencia diaria. Esto es lo que propone san Pablo cuando pregunta: «El cáliz de bendición no es comunión en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión en el cuerpo de Cristo?». Que cada uno se pregunte en conciencia si, al celebrar la eucaristía, lo hace con esta disposición a vivir en estrecha comunión con aquel que recibe.

Segovia, junio 2023
+ César Franco
Obispo de Segovia

LA NECESARIA COMPASIÓN DE JESÚS

El Evangelio de hoy describe la situación de la humanidad antes de la venida de Cristo y la de ahora, a pesar de los siglos trascurridos: «Al ver a las muchedumbres Jesús se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor». La compasión es el rasgo fundamental de Jesús ante la gente, una compasión que le nace de sus entrañas. Así lo da a entender la palabra griega, traducida por compasión, que significa literalmente «vísceras». Se trata de una compasión *visceral*, es decir, que nace espontánea y es irreprimible. Esta compasión de Jesús aparece en los evangelios cuando se encuentra con gentes necesitadas en el cuerpo y en el espíritu. San Juan utiliza una expresión semejante: «se estremeció en su espíritu». El amor, la compasión, es un estremecimiento del ser que lleva de inmediato a la acción.

La primera reacción de Jesús es exhortar a los suyos para que pidan a Dios que envíe obreros a su mies. La condición del hombre «extenuado y abandonado» requiere la intervención directa de Dios. Solo él puede remediarla. Hay que orar. Pero no basta la oración. A continuación, Jesús elige a los apóstoles para investirlos de su autoridad y comunicar su compasión a los hombres. Jesús define el ministerio apostólico, sacerdotal, no con palabras, sino con gestos: los llama, los envía y les trasmite su misma misión que consiste en dos actividades fundamentales: la primera, es el anuncio de que el Reino de Dios ha llegado. La palabra profética es muy simple: Dios interviene en la historia, se hace presente. La segunda actividad resulta sorprendente: Jesús inviste a los apóstoles con unos poderes que sobrepasan sus fuerzas naturales: «Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios» (Mt 10,18). ¿Cómo es posible hacer esto? ¿No resulta una misión imposible e ilusoria?

Si nos atenemos a las expresiones, comprendemos enseguida que Jesús habla de su propia misión, pues él ha

venido, como dijeron los profetas, a realizar esas acciones. Así lo afirma en la sinagoga de Nazaret. Y no solo lo dice, sino que lo hace a lo largo de su ministerio: cura leprosos, resucita muertos, arroja demonios. Es el poder de Dios actuando en la persona de Jesús. Con estos signos explicaba, en realidad, que su misión era de orden trascendente. Y esta misión, no otra, trasmite a los Doce. Quería mostrar que ellos continuarían su acción en el mundo como testigos de su infinita compasión.

Si miramos el mundo con los ojos de Cristo, sobrecogen «las muchedumbres extenuadas y abandonadas como ovejas que no tienen pastor». Sin embargo, hay pastores; escasean cada vez más, pero los hay. ¿Qué sucede entonces? ¿Hemos perdido confianza en el poder de Cristo? ¿Tenemos miedo de ejercerlo? Los milagros que hizo Jesús como «signos» de su compasión divina no nos es dado hacerlos según nuestra voluntad. Pero la compasión sigue viva y podemos ejercerla sanando profundas heridas de la humanidad; limpiando enfermedades del alma y del cuerpo; resucitando a la verdadera vida a quienes yacen en la muerte. Jesús no curó a todos los leprosos del mundo, ni sanó a todos los enfermos. Eso sí: murió y resucitó por todos, y esta gracia sigue presente en la Iglesia y en las manos de sus ministros con tal de que nos dejemos penetrar y transformar por su compasión y acercarnos a los hombres con la certeza de tener la gracia de actuar con la misma autoridad de Cristo. Si no lo hacemos, seremos responsables de una negligencia que afectará a la humanidad entera. Daremos cuenta al Señor de su grey abandonada. Y, más aún, tendremos que explicarle por qué lo que hemos recibido gratis no lo hemos dado gratis. Así termina el evangelio de hoy.

Segovia, junio 2023.
+ César Franco
Obispo de Segovia

CONFESAR A JESÚS CON LA VIDA

En el Evangelio de hoy Jesús anima a sus discípulos a vivir sin miedo a ser perseguidos por la fe. Proclamar la fe se ha cobrado muchas vidas de mártires. Los argumentos que usa Jesús son de diversa índole. Por una parte, exhorta a no tener miedo a quienes matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. «Temed –dice– al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo». Solo Dios tiene la última palabra sobre el hombre. Para fortalecer esta convicción, Jesús usa imágenes que exaltan el valor de la vida del hombre para Dios: si ningún gorrión cae al suelo sin que lo disponga el Padre celeste, y si sucede lo mismo con los cabellos de nuestra cabeza, ¡cuánto más vale la vida del hombre que Dios cuida con providencia! Es posible que estas comparaciones nos hagan sonreír por infantiles o ingenuas. Revelan, sin embargo, el valor del hombre ante Dios, Creador y Juez último de la historia. Si cuida su creación con esmero, cuida sobre todo del hombre y de su destino último.

Nuestra cultura ha perdido el sentido de la providencia al perder el sentido de Dios. Tampoco le importa mucho perder el alma porque ha dejado de creer, en general, en su inmortalidad. Y, si el alma no es inmortal, el hombre solo es polvo de la tierra. La dimensión trascendente ha quedado abolida del pensamiento actual o reducida a una mera proyección del espíritu humano ante la posibilidad de desaparecer para siempre. Jesús habla del cielo con el mismo realismo que habla de la tierra. Por ello, dice así al final del evangelio de hoy: «A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10,32-33). Lo hecho en la tierra tiene repercusión en el cielo. Una repercusión que conlleva un juicio sobre el bien y el mal. También esto provocará alguna sonrisa escéptica o incrédula.

En realidad, Jesús se propone a sí mismo como objeto de un *anuncio público e intrépido*. Se trata de declararse a favor o en contra de él. Semejante pretensión sólo puede nacer de la conciencia de su mismidad, a saber, de su condición divina. De otro modo, sería un despropósito que la vida o la muerte de un hombre dependiera de la adhesión a otro semejante. Ya decía Romano Guardini que las afirmaciones de Jesús sobre sí mismo sólo puede hacerlas un loco o alguien que, en realidad, es Dios. Del mismo modo que la exhortación a dar la vida por él sólo se explica si él es la vida con mayúscula que puede recrear la vida física que el mártir pierde por él. Este es en definitiva el núcleo de lo que dice Jesús.

En la exégesis bíblica y en la teología contemporánea cada vez se avanza más en la autoconciencia de Jesús como Hijo de Dios y enviado del Padre. La reducción de Jesús a simple ser humano, por gran profeta o místico que fuera, no puede sustentar el andamiaje dogmático del cristianismo. La gran obra de Henri de Lubac, titulada *Catolicismo*, lleva por subtítulo *aspectos sociales del dogma*. Esta obra ha revolucionado la teología moderna al establecer el «dogma» como fundamento de la vida humana en todas sus dimensiones, incluso de las que tenemos por más nimias. Dicho de otro modo: el dogma no se reduce a meros enunciados de fe, sino que engloba toda la vida; al igual que la vida humana en su integridad debe ser, para el cristiano, «confesión pública e intrépida de la fe». Así lo entendieron los mártires, que son prototipo de los cristianos. Y vivieron así porque habían entendido que ponerse a favor o en contra de Jesús es, en último término, la decisión radical de la fe, el único modo de hacerla posible.

Segovia, junio 2023.
+ César Franco
Obispo de Segovia

CONFIRMACIONES

Han tenido lugar en las siguientes fechas y lugares:

ABRIL:

- Día 16. En Villoslada.

MAYO:

- Día 5. En la parroquia de San Millán, de Segovia.
- Día 6: En Villacastín y en Turégano.
- Día 12: En la parroquia de San Lorenzo.
- Día 14: Aguilafuente y Cantimpalos.
- Día 19. Parroquia de la Resurrección de Nueva Segovia.
- Día 20. Colegio Claret.
- Día 26. Cuéllar.
- Día 27. Remondo.
- Día 28. Confirmaciones de adultos en la Catedral.

JUNIO:

- Día 2. Parroquia de la Trinidad. UPA Centro
- Día 3. Montejo de Arévalo.
- Día 4: Parroquia de San Frutos, de Segovia y Nava de la Asunción.
- Día 10: Parroquia de Santo Tomás.
- Día 24. Valverde del Majano.
- Día 30. Otero de Herreros.

VISITA PASTORAL

El Excmo. y Rvdmo. Mons. César Franco Martínez ha realizado la Visita Pastoral en los siguientes lugares.

MAYO 2023

- Día 2. Riaza. Misa y reunión con los consejos de pastoral y economía.
- Día 3. Riaza. Reunión con los padres y niños de catequesis. Reunión con catequistas, coro, liturgia, Celebradores de la Palabra y Caritas.
- Día 4. Becerril, Villacorta, Alquité y Martín Muñoz. Visita y encuentro con la gente en cada pueblo.
- Día 7. Residencia de ancianos de Riaza. Romería-Misa en la Ermita de Hontanares.
- Día 9. Riaza. Reunión con cofradías, hermandades, camareras y otros. Voluntarios/colaboradores.
- Día 11. El Negredo, El Muyo, Madriguera y Serracín. Visita y encuentro con la gente. Visita a un enfermo en su casa. Misa en Madriguera
- Día 13. Riofrío, Soto de Sepúlveda y Castillejo de Mesleón. Visita y encuentro con la gente.
- Día 17. Colegio de Riaza.
- Día 21. Campo de San Pedro y Valdevacas. Eucaristía en la Ermita de Hornuez.
- Día 24. Aldeanueva, Barahona de Fresno, Sequera de Fresno y Pajares. CincoVillas, Gomeznarro. Encuentros en algunos pueblos con la gente,
- Día 28. Encuentro de todos los pueblos y Eucaristía en la Ermita de Hornuez.
- Día 29. Encuentro con la Cofradía en la Ermita de Hornuez.

JUNIO 2023

- Día 7. Boceguillas. Visita al Colegio Cardenal Cisneros. Encuentro y oración.
- Día 16. Campo de San Pedro y Cilleruelo. Encuentro con los Celebradores de la Palabra. Visita a tres enfermos. Encuentro con la gente.
- Día 21. Villalbilla de Montejo, Pradales, Ciruelos y Carabias. Encuentro con la gente, celebración de la Palabra y celebración de la Eucaristía en Carabias.
- Día 22. Encinas, Fresno de la Fuente y Honrubia. Encuentro con la gente y Eucaristía en Honrubia.
- Día 23. Pajareros, Grajera, Aldeanueva y Boceguillas. Celebración de la Palabra. Eucaristía en Grajera. Encuentro con el Consejo de Asuntos Económicos y encuentro con los catequistas en Boceguillas.
- Día 25. Turrubuelo y Boceguillas. Celebración de la Palabra y Eucaristía en Boceguillas.

AGENDA DEL SR. OBISPO**ABRIL 2023**

- Día 2. Celebración del Domingo de Ramos.
- Día 3. Celebración Misa Crismal.
- Día 5. Consejo de Gobierno.
- Día 6-9. Celebración del Triduo Pascual.
- Día 11. Visitas en el Obispado.
- Día 12. Visitas en el Obispado.
- Día 13. Retiro de religiosas en formación de la Congregación Esclavas Carmelitas de la Sagrada Familia.
- Día 15. Formación de jóvenes. Eucaristía en la jornada con los monaguillos.
- Día 16. Confirmaciones en Villoslada.

- Día 17-21. Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- Día 25. Visitas en el Obispado. Consejo de Gobierno.
- Día 26. Visitas en el Obispado. Reunión con la Junta directiva de la Cofradía de Ntra. Sra. de la Fuencisla.
- Día 27. Visitas en el Obispado. Encuentro con los jóvenes de pastoral universitaria en la U.V.A.
- Día 28. Visitas en el Obispado. Consejo de Asuntos Económicos. Funeral por la madre de un miembro de la Curia diocesana.
- Día 30. Eucaristía en San Lorenzo con motivo del 25^o aniversario del grupo de Acción misionera.

MAYO 2023

- Día 2. Consejo de Gobierno. Visita pastoral en Riaza.
- Día 3. Visitas en el Obispado. Visita pastoral en Riaza.
- Día 4. Visita pastoral en Becerril, Villacorta, Alquíte y Martín Muñoz.
- Día 5. Visitas en el Obispado. Confirmaciones en la parroquia de San Millán.
- Día 6. Inauguración del Camarín de la Virgen de la Fuencisla. Confirmaciones en Villacastín. Confirmaciones en Turégano.
- Día 7. Visita pastoral en la residencia de ancianos de Riaza y ermita de Hontanares.
- Día 8. Visitas en el Obispado.
- Día 9. Visitas en el Obispado. Consejo de Gobierno. Visita pastoral en Riaza.
- Día 10. Eucaristía en la Iglesia del Seminario por las bodas de oro, platino, titanio y brillantes sacerdotales.
- Día 11. Visita pastoral en El Negredo, El Muyo, Madriguera y Serracín.
- Día 12. Visitas en el Obispado. Confirmaciones en la parroquia de San Lorenzo.

JUNIO 2023

- Día 1. Visitas en el Obispado. Permanente Consejo Presbiteral. Reunión con el Patronato de la Fundación de Nuestra Señora de la Misericordia.
- Día 2. Visitas en el Obispado. Confirmaciones en la Parroquia de La Trinidad.
- Día 3. Confirmaciones en Montejo de Arévalo.
- Día 4. Confirmaciones en San Frutos. Confirmaciones en Nava de La Asunción.
- Día 6. Visitas en el Obispado. Consejo de Gobierno.
- Día 7. Visita pastoral al colegio Cardenal Cisneros en Boceguillas.
- Día 8. Visitas en el Obispado. Eucaristía en la parroquia de San Millán por el día de la Caridad-Campaña de Caritas. Entrega de premios del concurso de dibujo de clases de religión en la Casa de la Lectura.
- Día 9. Visitas en el Obispado.
- Día 10. Consejo Diocesano de Pastoral. Confirmaciones en la parroquia de Santo Tomás.
- Día 11. Eucaristía Corpus Christi en la Catedral y procesión con el Santísimo.
- Día 12. Visitas en el Obispado. Eucaristía de la Minerva en la parroquia de San Miguel.
- Día 13. Visitas en el Obispado.
- Día 14. Retiro con los seminaristas de la Diócesis de Getafe (Madrid).
- Día 15. Reunión Patronato Edades del Hombre en Valladolid. Encuentro con Consejos de pastoral y de Economía del Arciprestazgo de Segovia en el Santuario de la Fuencisla.
- Día 16. Visitas en el Obispado. Consejo de Asuntos Económicos. Visita pastoral a Campo de San Pedro y pueblos.

- Día 17. Eucaristía fin de curso del Secretariado de Apostolado Seglar en el Santuario de la Fuencisla.
- Día 18. Eucaristía por el Aniversario de la Frater Segovia en la Catedral.
- Día 20. Convivencia Sacerdotal.
- Día 21. Consejo de Gobierno. Visita pastoral en Villalbilla, Pradales, Ciruelos y Carabias.
- Día 22. Visitas en el Obispado. Visita pastoral en Encinas, Fresno de la Fuente y Honrubia.
- Día 23. Consejo Presbiteral. Visita pastoral en Pajareros, Grajera y Boceguillas.
- Día 24. Eucaristía Soberana Orden militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta en la Vera cruz. Confirmaciones en Valverde.
- Día 25. Visita pastoral en Turrubueblo y Boceguillas.
- Día 26. Eucaristía por la fiesta de San José María Escrivá de Balaguer.
- Día 27. Visitas en el Obispado. Consejo de Gobierno.
- Día 28. Participa en la Presentación del libro "Los canónigos de la Catedral de Segovia desde el siglo XVI" en la Sala Capitular de la Catedral de Segovia. Visitas en el Obispado.
- Día 29. Aniversario Ordenación Episcopal de D. César. Eucaristía solemne en la Catedral.
- Día 30. Eucaristía con los jóvenes de los campamentos de CL en la Catedral. Confirmaciones en Otero de Herreros.

II. CANCELLERÍA - SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdmo. Mons. César Augusto Franco Martínez se ha dignado hacer los siguientes nombramientos:

27 de junio de 2023.

Don Jesús Torres Bravo. Párroco de Madrona. Fuente-milanos, Valdeprados, Torredondo y Perogordo. Ad nutum.

Don Emmanuel Becerra Barreto. Administrador parroquial de la UPA de Ayllón, con Ayllón, Alconada de Made-ruelo, Alconadilla, Cascajares, Corral de Ayllón, Languilla, Mazagatos, Santa María de Riaza, Saldaña, Riaguas de San Bartolomé, Riahuelas, Castiltierra y Aldealengua de Santa María.

Don Augustin Ntumba Mulumba. Vicario parroquial de la UPA de Riaza, con Riaza, Alquité, El Negredo, El Muyo, Madriguera, Serracín, Villacorta, Soto de Sepúlveda, Martín Muñoz de Ayllón, Riofrío de Riaza, Sequera de Fresno, Castillejo de Mesleón, Becerril, Aldeanueva del Monte y Baharona de Fresno. Y de la Unidad Parroquial de Ayllón, Fresno de Cantespino, Pajares de Fresno, Gomez-narro, Aldeanueva del Monte y Barahona de Fresno.

Don Matthieu Bakenda Tshibinkufua. Administrador parroquial de Cabezuela, Sebúlcor, Puebla de Pedraza, Muñoveros y Caballar.

Don Jesús María Giraldo Granada. Administrador parroquial de Juarros de Voltoya, Melque de Cercos y Ho-yuelos.

Don Javier Martín de Arce. Párroco de Nava de la Asunción, Santiuste de San Juan Bautista, Bernuy de Coca, Moraleja de Coca y Navas de Oro. Ad nutum.

Don Slawomir Harasimowicz. Actualizado Párroco ad nutum de Coca, Villeguillo, Villagonzalo de Coca, Ciruelos de Coca, Fuente de Santa Cruz, Bernardos, Domingo García, Migueláñez, Miguel Ibáñez, Añe, Armuña, Santa María la Real de Nieva, Nieva, Ortigosa de Pestaño, Balisa, Villoslada, Tabladillo, Pascuales y Pinilla Ambroz.

Don Georges Kabasele Bialua. Vicario parroquial de Coca, Villeguillo, Villagonzalo de Coca, Ciruelos de Coca, Fuente de Santa Cruz, Bernardos, Domingo García, Migueláñez, Miguel Ibáñez, Añe, Armuña, Santa María la Real de Nieva, Nieva, Ortigosa de Pestaño, Balisa, Villoslada, Tabladillo, Pascuales y Pinilla Ambroz

Don Deogratias Rulindamanywa. Vicario parroquial de Coca, Villeguillo, Villagonzalo de Coca, Ciruelos de Coca, Fuente de Santa Cruz, Bernardos, Domingo García, Migueláñez, Miguel Ibáñez, Añe, Armuña, Santa María la Real de Nieva, Nieva, Ortigosa de Pestaño, Balisa, Villoslada, Tabladillo, Pascuales y Pinilla Ambroz.

Don Alberto Espinosa Sarmiento. Párroco ad nutum de la Unidad Parroquial de Cuéllar, con Cuéllar, Escarabajosa de Cuéllar, Fuentes de Cuéllar, Lovingos, Arroyo de Cuéllar y Santuario de El Henar.

Don Lorenzo Antonio Sáez Camacho. Vicario parroquial de la Unidad Parroquial de Cuéllar, con Cuéllar, Escarabajosa de Cuéllar, Fuentes de Cuéllar, Lovingos, Arroyo de Cuéllar y Santuario de El Henar.

Don Jean Damascene Ndayisenga. Vicario parroquial de la Unidad Parroquial de Cuéllar, con Cuéllar, Escarabajosa de Cuéllar, Fuentes de Cuéllar, Lovingos, Arroyo de Cuéllar y Santuario de El Henar.

Don Wilinton Robles Vargas. Adscrito a la Parroquia de Vallelado y colaborador en el Santuario de la Virgen del Henar.

Don Rafael Ramón Prada Albornoz. Administrador parroquial de Fuentepelayo, Zarzuela del Pinar y Pinarnegrillo.

Don Fernando-Arley Arango Zapata. Vicario Parroquial de las Parroquias de Aguilafuente, Aldea Real, Las-tras de Cuéllar, Sauquillo de Cabezas, Mozoncillo, Escalo-na del Prado y Villovela. Y Administrador parroquial de Escarabajosa de Cabezas

Don Álvaro Marín Molinera. Párroco de Carbonero el Mayor y Yanguas de Eresma. Ad nutum.

Don Jean Baptiste Cyaba. Vicario parroquial de La Las-trilla con el Sotillo, Tizneros, La Higuera, Espirdo, Bernuy de Porreros, La Mata de Quintanar y Cabañas de Polendos

Don Melchor Redondo Ortega. Párroco de Nuestra Se-ñora del Carmen y de San Frutos, de Segovia. Ad nutum.

Don Rodrigue Nkoy Nto. Vicario parroquial de Nues-tra Señora del Carmen y San Frutos, de Segovia.

Don Mariano Sanz González. Párroco de Santa Eulalia, de Segovia. Ad nutum

Don Delphin Nkano Mbumpwa. Administrador Pa-rroquial de Prádena, Ventosilla y Tejadilla, Condado de Castilnovo, Castroserna de Arriba, Castroserna de Abajo, Casla, Matabuena, Arcones y Gallegos de la Sierra.

Don Enrique de la Puerta Soriano. A sus actuales pa-rroquias de Navafría, Val de San Pedro, Torre Val de San Pedro, y Aldealengua de Pedraza, se le añade la parroquia de Santiuste de Pedraza.

Don Ulrich Edoa Ndong. A sus actuales parroquias de Pedraza de la Sierra, Rades de Pedraza, Arahuetes, Ore-jana, Valleruela de Pedraza, Valleruela de Sepúlveda, La Velilla, La Matilla y Pajares de Pedraza, se le añade la pa-rroquia de Requijada.

Alfonso M^a Frechel Merino.
Canciller – Secretario General

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL

Nota y rueda de prensa final de la Comisión Permanente de junio de 2023

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su 263^o reunión los días 27 y 28 de junio en la sede de la CEE. El secretario general, Mons. Francisco César García Magán, ha presentado en rueda de prensa, los trabajos de este encuentro.

Nuevos proyectos de las Comisiones Episcopales

La Subcomisión Episcopal para las Relaciones interconfesionales y el diálogo interreligioso ha propuesto a la Comisión Permanente la constitución de una Mesa de diálogo interconfesional de España entre la Iglesia católica y las distintas confesiones cristianas. Los obispos han estudiado el borrador del proyecto, que se presentará en la Asamblea Plenaria de noviembre.

Las Comisiones Episcopales para las Comunicaciones Sociales y para la Liturgia, que presiden Mons. José Manuel Lorca y Mons. José Leonardo Lemos, están elaborando conjuntamente un Directorio para las retransmisiones de las celebraciones litúrgicas, para actualizar el que está en vigor desde el año 1986.

Para esta actualización han influido varios factores, entre ellos, los cambios tecnológicos que se han producido en los últimos años, como la proliferación de las retransmisiones eucarísticas por Internet, especialmente a raíz de la pandemia de la COVID-19. Además de la publicación de nuevas ediciones del misal, de los leccionarios y de otros libros y documentos litúrgicos.

Los secretarios técnicos han presentado un elenco de ideas sobre esta cuestión que han sido debatidas y comentadas por los miembros de la Permanente. Las aportaciones de los obispos se sumarán a estas propuestas para elaborar un borrador de documento que será presentado en la próxima Comisión Permanente, con el objetivo de ser aprobado en la Asamblea Plenaria.

Por su parte, el presidente de la Comisión para la Educación y Cultura, Mons. Alfonso Carrasco, ha informado de los preparativos del congreso “La Iglesia en la Educación. Presencia y Compromiso”. Este congreso, que tendrá su sesión final en febrero de 2024, fue aprobado por la Plenaria de abril con el objetivo de renovar la presencia y el compromiso de la Iglesia con la educación.

Desde octubre de 2023 hasta febrero de 2024 se promoverá la participación y el encuentro de los distintos ámbitos educativos en los que está presente la Iglesia. Se puede encontrar toda la información sobre este congreso en la página web: haciaelcongreso2024.educacionyculturacee.es.

Representación de la CEE en próximos encuentros internacionales

Los obispos de la Comisión Permanente han recibido información sobre la participación de una delegación de la CEE en la Asamblea Plenaria del Pontificio Comité para la celebración del Congreso Eucarístico Internacional que se va a celebrar en Quito (Ecuador) en el año 2024. En esta Asamblea previa al congreso, que tendrá lugar del 11 al 15 de septiembre, también en Quito, van a participar el obispo de Orense, Mons. José Leonardo Lemos, representante de la CEE para los congresos eucarísticos, el director del secretariado de la Comisión Episcopal para la Liturgia, Ramón Navarro, y el P. Lino E. Díez, SSS, que ya ha representado a la CEE en otros congresos anteriores.

También habrá representación de la Iglesia española en el Consejo de Jóvenes del Mediterráneo. La Subcomisión Episcopal para la Juventud e Infancia ha comunicado los nombres de los tres jóvenes que asistirán a este encuentro: Pilar Shannon Pérez Brown, de la diócesis de Madrid; Daniel Díaz-Rincón Muelas, de la diócesis de Toledo y responsable de jóvenes de Acción Católica General; y Nuria López Jiménez, de la diócesis de Córdoba. Su primer encuentro en este Consejo será del 11 al 17 de julio en Roma y Florencia.

Además, el presidente de la CEE, Card. Juan José Omella y los obispos de Málaga, Mons. Jesús Catalá, y de Cádiz y Ceuta, Mons. Rafael Zornoza, acudirán en representación de la CEE al Encuentro de Obispos del Mediterráneo el próximo mes de septiembre.

Otros temas del Orden del día

La Comisión Permanente ha aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la CEE para el año 2024. Los Ejercicios Espirituales para los obispos serán del 7 al 13 de enero. Las Asambleas Plenarias del 4 al 8 de marzo y del 18 al 22 de noviembre. La Comisión Permanente tendrá su primera reunión del año el 30 y 31 de enero. El calendario de los otros encuentros se establecerá tras la renovación de cargos de la CEE en la Asamblea Plenaria de marzo.

Durante estos dos días, los obispos han recibido información sobre el estado actual de Ábside (TRECE y COPE). Han repasado el trabajo que realizan las Comisiones Episcopales y se han tratado distintos temas económicos y de seguimiento; además del capítulo de nombramientos.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha nombrado al obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, Mons. Santos Montoya,

consiliario de Manos Unidas. Sustituye en el cargo al arzobispo de Zaragoza, Mons. Carlos Escribano.

También ha nombrado al periodista Francisco Otero Fandiño director de la revista *Ecclesia*.

Nombramientos en la CEE:

- Rafael Vázquez Jiménez, sacerdote de la diócesis de Málaga, director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para las Universidades.

- Juan Carlos Mateos González, sacerdote de la archidiócesis de Madrid, director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios.

- M^a Carmen Ramírez Moreno, laica de la archidiócesis de Madrid, directora adjunta de la Oficina de información de la Conferencia Episcopal Española.

La Permanente ha autorizado a la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe los nombramientos de Carlos Simón Vázquez, sacerdote de la diócesis de Coria-Cáceres, y Emilio José Justo Domínguez, sacerdote de la diócesis de Zamora, como nuevos miembros de la Comisión Teológica Asesora.

Otros nombramientos:

- Jorge López Martínez, sacerdote de la archidiócesis de Burgos, director general del Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME).

- Jaime Tamarit Rodríguez de Huici, laico de la diócesis de Getafe, presidente general del Movimiento de Apostolado Seglar, Jubilados y Mayores "Vida Ascendente".

- Roberto González Miguel, laico de la diócesis de Plasencia, presidente de la Federación "Scouts Católicos de Extremadura-(MSC)".

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

CARTA APOSTÓLICA *SUBLIMITAS ET MISERIA HOMINIS* DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN EL CUARTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE BLAISE PASCAL

Grandeza y miseria del hombre forman la paradoja que está en el centro de la reflexión y el mensaje de Blaise Pascal, nacido hace cuatro siglos, el 19 de junio de 1623, en Clermont, en la zona central de Francia. Desde niño y durante toda su vida buscó la verdad. Con la razón rastreó sus signos, especialmente en los campos de las matemáticas, la geometría, la física y la filosofía. Realizó descubrimientos extraordinarios desde muy tierna edad, hasta el punto de alcanzar una fama considerable. Pero no se detuvo ahí. En un siglo de grandes progresos en muchos ámbitos de la ciencia, acompañados de un creciente espíritu de escepticismo filosófico y religioso, Blaise Pascal se mostró como un infatigable buscador de la verdad, y como tal permaneció siempre “inquieto”, atraído por nuevos y más amplios horizontes.

Precisamente esta razón, tan aguda y al mismo tiempo tan abierta, nunca acalló en él la pregunta antigua y siempre nueva que resuena en el alma humana: «¿Qué es el hombre para que pienses en él, el ser humano para que lo cuides?» (*Sal* 8,5). Esta pregunta está grabada en el corazón de cada ser humano, de todo tiempo y lugar, de toda civilización y lengua, de toda religión. «¿Qué es el hombre en la naturaleza? –se pregunta Pascal– Una nada respecto al infinito, un todo respecto a la nada». [1] Y al mismo tiempo el interrogante está incluido ahí, en ese Salmo, en el corazón de esa historia de amor entre Dios y su pueblo, historia cumplida en la carne del “Hijo del hombre” Jesucristo, que el Padre

nos entregó hasta el abandono para coronarlo de gloria y esplendor sobre toda criatura (cf. v. 6). A este interrogante, planteado en un lenguaje tan diferente al matemático y geométrico, Pascal nunca se cerró.

En la base de esto, creo poder reconocer en él una actitud de fondo, que yo llamaría “asombrada apertura a la realidad”. Apertura a otras dimensiones del conocimiento y de la existencia, apertura a los demás, apertura a la sociedad. Por ejemplo, estuvo detrás de la creación, en 1661, en París, del primer sistema de transporte público de la historia, los “Carruajes de cinco centavos”. Si recalco este suceso desde el principio de esta carta, es para insistir en el hecho de que ni su conversión a Cristo, a partir sobre todo de su “Noche de fuego” del 23 de noviembre de 1654, ni su extraordinario esfuerzo intelectual en defensa de la fe cristiana lo convirtieron en una persona aislada de su época. Estaba atento a las cuestiones que en ese entonces eran más preocupantes, así como a las necesidades materiales de todos los que componían la sociedad en la que vivió.

La apertura a la realidad hizo que no se cerrara a los demás ni siquiera en la hora de su última enfermedad. De aquella época, cuando tenía treinta y nueve años, leemos las siguientes palabras, que expresan la etapa final de este camino evangélico: «Y si los médicos dicen verdad y Dios permite que salga de esta enfermedad, estoy resuelto a no tener más ocupaciones ni otro empleo del resto de mis días que el servicio de los pobres». [2] Es conmovedor constatar que, en los últimos días de su vida, un pensador tan brillante como Blaise Pascal no viera mayor urgencia que dedicar su energía a las obras de misericordia: «El único objeto de la Escritura es la caridad». [3]

Por eso, en este cuarto centenario de su nacimiento, me alegra que la Providencia me dé la oportunidad de rendirle homenaje y de poner en evidencia lo que, en su pensamiento y en su vida, considero apropiado para estimular a los

cristianos de nuestro tiempo y a todos nuestros contemporáneos de buena voluntad en la búsqueda de la verdadera felicidad: «Todos los hombres buscan la manera de ser felices. Esto no tiene excepción, por muy diferentes que sean los medios que empleen, todos tienden a este fin». [4] Cuatro siglos después de su nacimiento, Pascal sigue siendo para nosotros el compañero de camino que acompaña nuestra búsqueda de la verdadera felicidad y, según el don de la fe, nuestro reconocimiento humilde y gozoso del Señor muerto y resucitado.

Un enamorado de Cristo que habla a todos

Si Blaise Pascal es capaz de conmover a todo el mundo, es porque habló de la condición humana de una manera admirable. Sería engañoso, sin embargo, ver en él solamente a un especialista en moral humana, por muy brillante que fuera. El monumento formado por sus *Pensamientos*, algunas de cuyas fórmulas aisladas se han hecho célebres, no puede ser verdaderamente comprendido si se ignora que Jesucristo y la Sagrada Escritura son a la vez el centro y la clave. Pues si Pascal comenzó a hablar del hombre y de Dios, fue porque había llegado a la certeza de que «no solamente no conocemos a Dios más que por Jesucristo, sino que no nos conocemos a nosotros mismos más que por Jesucristo; no conocemos la vida, la muerte más que por Jesucristo. Fuera de Jesucristo no sabemos lo que es nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos. De esta suerte, sin la Escritura que sólo tiene Jesucristo por objeto, no conocemos nada y sólo vemos oscuridad». [5] Para que pueda ser comprendida por todos, y no sea considerada sólo como una pura afirmación doctrinal inaccesible a los que no comparten la fe de la Iglesia, ni como una devaluación de las legítimas competencias de la inteligencia natural, una afirmación tan extrema merece ser clarificada.

Fe, amor y libertad

Como cristianos, debemos mantenernos alejados de la tentación de presentar nuestra fe como una certeza indiscutible que se impone a todos. Pascal ciertamente tuvo la preocupación de hacer saber a todos los hombres que «Dios y la verdad son inseparables». [6] Pero sabía que el acto del creyente es posible por la gracia de Dios, recibida en un corazón libre. Él, que por la fe había tenido el encuentro personal con el «Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios», [7] reconoció en Jesucristo «el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn* 14,6). Esta es la razón por la que les propongo a todos los que quieran seguir buscando la verdad –una tarea que nunca termina en esta vida– que escuchen a Blaise Pascal, hombre de inteligencia prodigiosa que quiso recordarnos cómo fuera de los objetivos del amor no hay verdad que valga la pena: «No hacemos un ídolo con la verdad misma, porque la verdad sin la caridad no es Dios y es su imagen y un ídolo al que no hay que amar ni adorar». [8]

De este modo, Pascal nos previene contra las falsas doctrinas, las supersticiones o el libertinaje que alejan a muchos de nosotros de la paz y la alegría duraderas de Aquel que quiere que elijamos «la vida y la felicidad», y no «la muerte y la desdicha» (*Dt* 30,15). Pero la tragedia de nuestra vida es que a veces no vemos bien y, por lo tanto, elegimos mal. En realidad, sólo podemos gustar la felicidad del Evangelio «si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo». [9] Por otra parte, «sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento». [10] Por eso la inteligencia y la fe viva de Blaise Pascal, quien quería demostrar que la religión cristiana es «venerable porque ha conocido bien al hombre» y «amable porque promete el verdadero bien», [11] pueden ayudarnos a atravesar las oscuridades y las desgracias de este mundo.

Una mente científica excepcional

Cuando su madre murió en 1626, Blaise Pascal tenía tres años. Étienne, su padre, jurista de renombre, también era conocido por sus notables aptitudes científicas, particularmente en matemáticas y geometría. Decidiendo educar él solo a sus tres hijos, Jacqueline, Blaise y Gilberte, se trasladó a París en 1632. Desde muy temprana edad, Blaise mostró una mente excepcional y un alto nivel de exigencia en la búsqueda de la verdad, según relata su hermana Gilberte: «Desde su infancia sólo podía decidirse a aceptar lo que le parecía evidentemente cierto; de suerte que cuando no se le daban buenas razones, él mismo las buscaba». [12] Un día, el padre sorprendió a su hijo enfrascado en investigaciones de geometría y pronto se dio cuenta de que, sin saber que estos teoremas existían en los libros con otros nombres, Blaise, a la edad de doce años, había demostrado completamente solo, trazando figuras en el suelo, las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides. [13] Gilberte recuerda entonces que su padre quedó «espantado de la grandeza y de la fuerza de aquel talento». [14]

En los años siguientes, Blaise Pascal haría crecer al máximo su inmenso talento, dedicándole a este toda su energía. Desde los diecisiete años se relacionaba con los más grandes científicos de su época. Los descubrimientos y las publicaciones se sucedieron con bastante rapidez. En 1642, a los diecinueve años, inventó una máquina de aritmética, antecesora de nuestras calculadoras. Blaise Pascal es sumamente estimulante para nosotros porque nos recuerda la grandeza de la razón humana y nos invita a utilizarla para descifrar el mundo que nos rodea. El *esprit de géométrie*, que es la capacidad de comprender en detalle el funcionamiento de las cosas, le servirá a lo largo de toda su vida, como señalaba el eminente teólogo Hans Urs von Balthasar: «Pascal es capaz [...] de alcanzar desde los planos propios de la geometría y de las ciencias de la naturaleza, la

precisión muy diferente y propia del plano de la existencia en general y de la vida cristiana en particular». [15] Esta práctica confiada de la razón natural, que lo hacía solidario con todos sus hermanos en busca de la verdad, le permitirá reconocer los límites de la inteligencia misma y, al mismo tiempo, abrirse a las razones sobrenaturales de la Revelación, según una lógica de la paradoja que es su peculiaridad filosófica y el encanto literario de sus *Pensamientos*: «Le ha costado tanto a la Iglesia demostrar que Jesucristo era hombre contra aquellos que lo negaban, como demostrar que era Dios; y las posibilidades eran igualmente grandes». [16]

Los filósofos

Muchos de los escritos de Pascal son, en gran medida, filosóficos. En particular sus *Pensamientos*, ese conjunto de fragmentos publicados póstumamente, que son las notas o borradores de un filósofo impulsado por un proyecto teológico, cuya coherencia y orden originales los investigadores se esfuerzan en reconstituir, no sin variaciones. El amor apasionado a Cristo y el servicio a los pobres que mencionó al principio no eran el signo de una ruptura en el espíritu de este discípulo audaz, sino el de una profundización hacia la radicalidad evangélica, una progresión hacia la verdad viva del Señor, con la ayuda de la gracia. Él, que tenía la certeza sobrenatural de la fe, y la veía tan acorde con la razón, aunque infinitamente superior a ella, quería llevar la discusión lo más lejos posible con los que no compartían su fe, porque a «aquellos que no la tienen, nosotros sólo podemos dársela por razonamiento, en espera de que Dios se la dé por sentimiento de corazón». [17] Una evangelización llena de respeto y paciencia, que nuestra generación haría bien en imitar.

Para comprender plenamente el discurso de Pascal sobre el cristianismo es necesario, por tanto, estar atentos a su

filosofía. Él admiraba la sabiduría de los antiguos filósofos griegos, capaces de sencillez y tranquilidad en su arte del buen vivir, como miembros de una *polis*: «No nos imaginamos a Platón y a Aristóteles más que con grandes togas de maestros. Eran gente sencilla como los demás, que se divertían con sus amigos. Y cuando se divirtieron haciendo sus leyes y sus políticas [es decir, las grandes obras filosóficas que son *Las Leyes* (de Platón) y *La Política* (de Aristóteles)], lo hicieron como quien juega. Era la parte menos filósofa y menos seria de su vida, la más filósofa era vivir simple y tranquilamente». [18] A pesar de su grandeza y su utilidad, Pascal, sin embargo, distingue los límites de esas filosofías: el estoicismo «conduce al orgullo», [19] el escepticismo, a la desesperación. [20] La razón humana es sin duda una maravilla de la creación, que diferencia al hombre de todas las demás criaturas, porque «el hombre es sólo una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña que piensa». [21] Entendemos entonces que los límites de los filósofos serán simplemente los límites de la razón creada. Pues por mucho que Demócrito dijera: «Voy a hablar de todo», [22] la razón por sí sola no puede resolver los interrogantes más elevados y urgentes. ¿Cuál es, en efecto, tanto en la época de Pascal como hoy, el tema que más nos importa? Es el del sentido pleno de nuestro destino, de nuestra vida y de nuestra esperanza, el de una felicidad que no está prohibido concebir como eterna, pero que sólo Dios está autorizado a conceder: «Nada es tan importante para el hombre como su estado; nada le inspira tanto temor como la eternidad». [23]

Al meditar sobre los *Pensamientos* de Pascal encontramos, en cierto modo, este principio fundamental: «la realidad es superior a la idea», ya que Pascal nos enseña a alejarnos de las «diversas formas de ocultar la realidad», desde los «purismos angélicos» hasta los «intelectualismos sin sabiduría». [24] No hay nada más peligroso que un

pensamiento desencarnado: «El que quiere hacer el ángel, hace la bestia». [25] Y las ideologías mortíferas que continuamos padeciendo en los ámbitos económico, social, antropológico y moral mantienen a quienes las siguen dentro de burbujas de creencia donde la idea ha reemplazado a la realidad.

La condición humana

La filosofía de Pascal, llena de paradojas, es el resultado de una mirada tan humilde como lúcida, que pretende llegar a «la realidad iluminada por el razonamiento». [26] Parte de la constatación de que el hombre es un extraño para sí mismo, grande y miserable. Grande en su razón, en su habilidad para dominar las pasiones, grande incluso «porque se sabe miserable». [27] En concreto, aspira a algo más que a satisfacer sus instintos o resistirse a ellos, «porque lo que es naturaleza en los animales lo llamamos miseria en el hombre». [28] Hay una desproporción insoportable, por una parte, entre nuestra voluntad infinita de ser felices y de conocer la verdad; y, por otra, nuestra razón limitada y nuestra debilidad física, que conduce a la muerte. Puesto que la fuerza de Pascal también está en su realismo implacable, «no hay que tener el alma muy elevada para comprender que no hay aquí satisfacción verdadera y sólida, que todos nuestros placeres no son más que vanidad, que nuestros males son infinitos, y que, finalmente, la muerte, que nos amenaza a cada instante, debe ponernos infaliblemente, en pocos años, en la horrible necesidad de ser eternamente aniquilados o desgraciados. No hay nada más real que esto, ni más terrible. Hagámonos los valientes tanto como queramos: he aquí el final que espera a la vida más bella del mundo». [29] En esta condición trágica, se comprende que el hombre no pueda permanecer sólo en sí mismo, ya que su miseria y la incertidumbre de su destino son insoportables. Por tanto, necesita distraerse, lo que Pascal reconoce de buen grado: «De ahí viene que a los hombres

les guste tanto el bullicio y el movimiento». [30] Porque si el hombre no disfruta de su condición –y todos sabemos muy bien cómo distraernos con el trabajo, el ocio, las relaciones familiares o las amistades, pero también, por desgracia, con los vicios a los que nos conducen ciertas pasiones–, su humanidad «se da cuenta de su nulidad, de su abandono, de su insuficiencia, de su dependencia, de su impotencia, de su vacío. Al momento saldrán del fondo de su alma el tedio, la negrura, la tristeza, la pena, el despecho, la desesperación». [31] Y, sin embargo, la diversión no apacigua ni colma nuestro gran deseo de vida y felicidad. Esto todos lo sabemos bien.

Fue entonces cuando Pascal planteó su gran hipótesis: «¿Qué es pues lo que nos dice esta avidéz y esta impotencia, sino que hubo antaño en el hombre una verdadera felicidad, de la que no le queda ahora más que la señal y la impronta vacía, y que trata inútilmente de llenar con todo lo que le rodea, buscando cosas ausentes y las ayudas que no obtiene de las presentes, pero de lo que son todas incapaces, porque ese abismo infinito sólo puede ser llenado por un objeto infinito e inmutable, es decir, por el mismo Dios?». [32] Si el hombre es como un «rey destronado», [33] que sólo quiere recuperar la grandeza perdida y, sin embargo, es incapaz de hacerlo, ¿entonces qué es? «¿Qué quimera es, pues, el hombre?, ¿qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué montón de contradicciones, qué prodigio? Juez de todas las cosas, indefenso gusano, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y desecho del universo. ¿Quién desenredará ese embrollo?». [34] Pascal, como filósofo, ve claramente que «a medida que tenemos más luces descubrimos más grandeza y más bajeza en el hombre», [35] pero que estos opuestos son irreconciliables. Porque la razón humana no puede armonizarlos, ni resolver el enigma.

Por eso Pascal señala que si Dios existe y si el hombre ha recibido una revelación divina –como afirman muchas

religiones-, y si esta revelación es verdadera, ahí debe encontrarse la respuesta que el hombre espera para resolver las contradicciones que lo torturan: «Las grandezas y las miserias del hombre son tan visibles que es necesariamente preciso que la verdadera religión nos enseñe que hay algún gran principio de grandeza en el hombre y que hay un gran principio de miseria. Es preciso además que nos explique esas asombrosas contradicciones». [36] Tras estudiar las grandes religiones, Pascal llegó a la conclusión de que «ningún pensar ni ningún obrar pueden ofrecer un camino de salvación», si no es «mediante el criterio superior de la verdad de la irradiación de la gracia en el alma». [37] «Es en vano, oh hombres –escribió Pascal imaginando lo que el Dios verdadero podría decirnos– que busquéis en vosotros mismos los remedios para vuestras miserias. Todas vuestras luces sólo pueden llegar a conocer que no es en vosotros mismos donde encontraréis la verdad y el bien. Los filósofos os lo han prometido y no han podido hacerlo. No saben ni cuál es vuestra verdadera felicidad ni cuál es [vuestro verdadero estado]». [38]

Llegado a este punto, Pascal, que ha escudriñado con la increíble fuerza de su inteligencia la condición humana, la Sagrada Escritura e incluso la tradición de la Iglesia, pretende proponerse con la sencillez del espíritu de infancia como humilde testigo del Evangelio; es ese cristiano que quiere hablar de Jesucristo a los que se apresuran a declarar que no hay ninguna razón sólida para creer en las verdades del cristianismo. Pascal, al contrario, sabe por experiencia que lo que dice la Revelación no sólo no se opone a las exigencias de la razón, sino que aporta la respuesta inaudita a la que ninguna filosofía habría podido llegar por sí misma.

Conversión: la visita del Señor

El 23 de noviembre de 1654, Pascal vivió una experiencia muy fuerte, que se conoce hasta hoy como su “Noche

de fuego". Esta experiencia mística, que le hizo derramar lágrimas de alegría, fue para él tan intensa y decisiva que la anotó en un pedazo de papel fechado con precisión, el "Memorial", que había cosido en el forro de su abrigo, y que fue descubierto después de su muerte. Aunque es imposible saber exactamente cuál es la naturaleza de lo que sucedió en el alma de Pascal aquella noche, parece que se trató de un encuentro del que él mismo reconoció la analogía con aquel que fue fundamental para toda la historia de la revelación y de la salvación, y que Moisés vivió ante la zarza ardiente (cf. *Ex* 3). La palabra «fuego», [39] con la que Pascal quiso encabezar el "Memorial", nos invita, en definitiva, a proponer esta interpretación. El paralelismo parece haber sido indicado por el mismo Pascal que, inmediatamente después de la evocación del fuego, retomó el título que el Señor se dio a sí mismo ante Moisés: «Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob» (*Ex* 3,6.15), añadiendo, «no de los filósofos y de los sabios. Certeza. Certeza. Sentimiento. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo».

Sí, nuestro Dios es alegría, y Blaise Pascal lo testimonia a toda la Iglesia y a todo el que busca a Dios, «no es el Dios abstracto o el Dios cósmico, no. Es el Dios de una persona, de una llamada, el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, el Dios que es certeza, que es sentimiento, que es alegría». [40] Este encuentro, que confirmó a Pascal la «grandeza del alma humana», lo llenó de esta alegría viva e inagotable: «Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría». Y esta alegría divina se convirtió para Pascal en el lugar de la confesión y la oración: «Jesucristo. Me he separado de él, he huido de él, he renunciado a él, le he crucificado. ¡Que jamás sea separado de él!». [41] Es la experiencia del amor de este Dios personal, Jesucristo, que ha formado parte de nuestra historia y participa constantemente en nuestra vida, la que lleva a Pascal por el camino de la conversión profunda y, por tanto, a la «renunciación total y dulce», [42] vivida en

el amor, al «hombre viejo, que se va corrompiendo por la seducción de la concupiscencia» (*Ef* 4,22).

Como recordaba san Juan Pablo II en su encíclica sobre la relación entre fe y razón, filósofos como Blaise Pascal se distinguieron por su rechazo a toda presunción, así como por su elección de una postura hecha de humildad y de valentía. Experimentaron que «la fe libera la razón de la presunción». [43] Antes de la noche del 23 de noviembre de 1654, esto es claro, Pascal no duda de la existencia de Dios. Sabe también que este Dios es el bien supremo; lo que le falta y lo que espera no es un conocimiento sino un poder, no es una verdad sino una fuerza. [44] Ahora bien, esta fuerza le viene dada por la gracia; se siente atraído, con certeza y alegría, por Jesucristo: «Sólo conocemos a Dios por Jesucristo, sin ese mediador se suprime toda comunicación con Dios». [45] Descubrir a Jesucristo es descubrir al Salvador y Libertador que yo necesito: «Ese Dios que no es más que el reparador de nuestras miserias. Por eso no podemos conocer bien a Dios más que conociendo nuestras iniquidades». [46] Como toda auténtica conversión, la conversión de Blaise Pascal se lleva a cabo en la humildad, que nos libera «de nuestra conciencia aislada y de la auto-referencialidad». [47]

La inteligencia inmensa e inquieta de Blaise Pascal, colmada de paz y alegría ante la revelación de Jesucristo, nos invita, según el “método del corazón”, [48] a caminar con seguridad alumbrados por «esas celestes luces». [49] Porque si nuestro Dios es un “Dios escondido” (cf. *Is* 45,15), es porque Él «ha querido ocultarse», [50] de modo que nuestra razón, iluminada por la gracia, nunca habrá terminado de descubrirlo. Es, pues, por la iluminación de la gracia que podemos conocerlo. Pero la libertad del hombre debe abrirse; y una vez más Jesús nos consuela: «No me buscarías si no me hubieras encontrado». [51]

El orden del corazón y sus razones para creer

En palabras de Benedicto XVI, «la tradición católica, desde el inicio, ha rechazado el llamado fideísmo, que es la voluntad de creer contra la razón». [52] En esta línea, Pascal está profundamente apegado a «la razonabilidad de la fe en Dios», [53] no sólo porque «el espíritu no puede ser forzado a creer lo que él sabe que es falso», [54] sino porque, «si ofendemos los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula». [55] Pero si la fe es razonable, también es un don de Dios y no puede imponerse: «No se demuestra que debemos ser amados sometiendo a método las causas del amor; sería ridículo», [56] señala Pascal con la finura de su humor, estableciendo un paralelismo entre el amor humano y la forma en que Dios se nos manifiesta. Nada más que el amor, «que se propone pero no se impone – el amor de Dios nunca se impone». [57] Jesús dio testimonio de la verdad (cf. *Jn* 18,37) pero «no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían». [58] Esta es la razón por la que «hay suficiente luz para aquellos que sólo desean ver, y bastante oscuridad para aquellos que tienen una disposición contraria». [59]

Y luego llega a afirmar que «la fe es diferente de la prueba. Ésta es humana, y aquella es un don de Dios». [60] Por tanto, es imposible creer «si Dios no inclina nuestro corazón». [61] Aunque la fe sea de un orden superior a la razón, esto no significa ciertamente que se oponga a ella, sino que la supera infinitamente. Leer, pues, la obra de Pascal no es, ante todo, descubrir la razón que ilumina la fe; es ponerse en la escuela de un cristiano con una racionalidad fuera de lo común, que tanto mejor supo dar cuenta de un orden establecido por el don de Dios superior a la razón: «La distancia infinita de los cuerpos a los espíritus representa la distancia, infinitamente más infinita, de los espíritus a la caridad porque ésta es sobrenatural». [62] Científico experto en geometría, es decir, en la ciencia de los cuerpos en

el espacio, y geómetra experto en filosofía, es decir, en la ciencia de las mentes en la historia, Blaise Pascal, iluminado por la gracia de la fe, pudo así transcribir la totalidad de su experiencia: «De todos los cuerpos juntos no sabríamos hacer surgir un pequeño pensamiento. Esto es imposible y de un orden diferente. De todos los cuerpos y espíritus no se sabría sacar un impulso de verdadera caridad; esto es imposible y de un orden distinto, sobrenatural». [63]

Ni la inteligencia geométrica ni el razonamiento filosófico permiten al hombre llegar por sí solo a una «visión clara» del mundo y de sí mismo. El que está ocupado en los detalles de sus cálculos no tiene la ventaja de la visión de conjunto que le permite “ver todos los principios”. Esto es el resultado de la «inteligencia intuitiva», cuyos méritos también alaba Pascal, porque cuando se busca captar la realidad «hay que ver la cosa de golpe, de una sola mirada». [64] Esta inteligencia intuitiva está conectada con lo que Pascal llama el “corazón”: «Conocemos la verdad, no solamente por la razón, sino también por el corazón. De esta última manera es como conocemos los primeros principios y es en vano que el razonamiento, que no tiene ninguna parte en ello, trate de combatirlos». [65] Ahora bien, las verdades divinas, como el hecho de que el Dios que nos hizo es amor, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se encarnó en Jesucristo, que murió y resucitó para nuestra salvación, no se pueden demostrar por la razón, pero pueden ser conocidas por la certeza de la fe, y pasan entonces del corazón espiritual a la mente racional, que las reconoce como verdaderas y puede a su vez exponerlas: «Ésta es la razón por la que a aquellos a los que Dios ha dado la religión por sentimiento de corazón son bienaventurados y están muy legítimamente convencidos». [66]

Pascal nunca se resignó a que algunos de sus hermanos en humanidad no sólo no conocieran a Jesucristo, sino que desdeñaran tomarse en serio el Evangelio, por pereza o a causa de sus pasiones. Ya que es en Jesucristo donde se jue-

gan la vida. «La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, que nos interesa tan profundamente, que hay que haber perdido todo sentimiento para que nos sea indiferente saber en qué consiste. [...] Y es por lo que, en aquellos que no están seguros de él, establezco una gran diferencia entre los que se afanan con todas sus fuerzas por conocerlo, y los que viven sin preocuparse ni pensar en ello». [67] Nosotros mismos tenemos conciencia de que a menudo buscamos huir de la muerte, o dominarla, pensando que podemos «alejar el pensamiento de nuestra finitud» o «quitarle su poder a la muerte y ahuyentar el miedo. Pero la fe cristiana no es una forma de exorcizar el miedo a la muerte, sino que nos ayuda a afrontarla. Antes o después todos nos iremos por esa puerta. [...] La verdadera luz que ilumina el misterio de la muerte viene de la resurrección de Cristo». [68] Sólo la gracia de Dios le permite al corazón humano acceder al orden del conocimiento divino, a la caridad. Esto llevó a un importante comentarista contemporáneo de Pascal a escribir que el pensamiento sólo puede ser cristiano si tiene acceso a aquello que Jesucristo pone en práctica, la caridad. [69]

Pascal, la controversia y la caridad

Antes de concluir, es necesario mencionar la relación de Pascal con el jansenismo. Una de sus hermanas, Jacqueline, había entrado a la vida religiosa en Port-Royal, en una congregación cuya teología estaba fuertemente influenciada por Cornelius Jansen, conocido como Jansenio, que había escrito un tratado, el *Augustinus*, publicado en 1640. Después de su “Noche de fuego”, Pascal fue a hacer un retiro a la abadía de Port-Royal, en enero de 1655. Pero en los meses siguientes, una importante y antigua controversia que oponía los jesuitas a los “jansenistas”, que profesaban las ideas del *Augustinus*, volvió a aparecer en la Sorbona, la universidad de París. La controversia trataba principalmente sobre la cuestión de la gracia de Dios y sobre la re-

lación de la gracia con la naturaleza humana, en particular con el libre albedrío. Pascal, aunque no pertenecía a la congregación de Port-Royal, y no era un hombre de partido –«no soy de Port-Royal [...], estoy solo», [70] escribió– fue encargado por los jansenistas, especialmente por sus grandes dotes retórica, para que los defendiera. Así lo hizo en 1656 y 1657, publicando una serie de dieciocho cartas, denominadas *Provinciales*.

Pascal reconocía que varias proposiciones, llamadas “jansenistas”, eran efectivamente contrarias a la fe, [71] pero negaba que estuvieran presentes en el *Augustinus* y fueran seguidas por la gente de Port-Royal. Sin embargo, algunas de sus propias afirmaciones, como por ejemplo sobre la predestinación, tomadas de la teología del último san Agustín, cuyas fórmulas habían sido afiladas por Jansenio, no parecen correctas. Hay que entender, no obstante, que al igual que san Agustín había tratado de combatir a los pelagianos en el siglo V, que afirmaban que el hombre puede, por sus propias fuerzas y sin la gracia de Dios, hacer el bien y salvarse, Pascal pensaba sinceramente estar atacando entonces al pelagianismo o semipelagianismo, que creía identificar en las doctrinas seguidas por los jesuitas molinistas, llamados así por el teólogo Luis de Molina, fallecido en 1600 pero cuya influencia seguía muy viva a mediados del siglo XVII. Reconozcámosle la franqueza y la sinceridad de sus intenciones.

Esta carta no es ciertamente el lugar para volver a abrir la cuestión. Sin embargo, la justa advertencia en las posiciones de Pascal sigue siendo válida para nuestro tiempo: el «neo-pelagianismo», [72] que haría depender todo «del esfuerzo humano encauzado por normas y estructuras eclesiales», [73] es reconocible por el hecho de que «nos intoxica con la presunción de una salvación ganada con nuestras fuerzas». [74] Es necesario afirmar ahora que la última posición de Pascal sobre la gracia, y en particular sobre el

hecho de que Dios «quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tm 2,4), al final de su vida se expresó en términos perfectamente católicos. [75]

Como mencionaba al principio, Blaise Pascal, al final de su corta pero extraordinariamente rica y fecunda vida, había puesto en primer lugar el amor a sus hermanos. Se sentía y se sabía miembro de un único cuerpo, porque «Dios, habiendo creado el cielo y la tierra que no sienten la dicha de su existencia, quiso crear seres que la conocieran y que compusieran un cuerpo de miembros pensantes». [76] Pascal, como fiel laico, experimentó la alegría del Evangelio, cuyo Espíritu quiere fecundar y sanar «todas las dimensiones del hombre» y reunir «a todos los hombres en la mesa del Reino». [77] Cuando compuso, en 1659, su magnífica *Oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades*, Pascal era un hombre pacificado, que ya no se dedicaba a la polémica, ni tampoco a la apologética. Estando muy enfermo y a punto de morir, pidió comulgar, pero no le fue posible de inmediato. Entonces rogó a su hermana: «Ya que no puedo comulgar con la cabeza [Jesucristo], quisiera comulgar con los miembros». [78] Y «tenía un gran deseo de morir en la compañía de los pobres ». [79] *Se dijo de él, poco antes de su último aliento, el 19 de agosto de 1662, que moría* «con la sencillez de un niño». [80] Tras recibir los sacramentos, sus últimas palabras fueron: «¡Que Dios no me abandone jamás!». [81]

Que su obra luminosa y los ejemplos de su vida, tan profundamente sumergida en Jesucristo, nos puedan ayudar a seguir hasta el final el camino de la verdad, la conversión y la caridad. Porque la vida de un hombre es muy breve: «Eternamente gozoso por un día de sufrimiento en la tierra». [82]

Roma, San Juan de Letrán, 19 de junio de 2023

FRANCISCO

NOTAS

- [1] *Pensamientos*, Laf. 199. Para la edición española de los escritos de Pascal se hace referencia a *pensamientos, opúsculos, cartas en Blaise Pascal*, Madrid 2012, utilizando para los *Pensamientos* la numeración de la edición francesa Lafuma.
- [2] G. Périer, *Vida de Monsieur Pascal*, en *Blaise Pascal*, Madrid 2012, 872.
- [3] B. Pascal, *Pensamientos*, Laf. 270.
- [4] *Ibíd.*, Laf. 148.
- [5] *Ibíd.*, Laf. 417.
- [6] *Íd.*, *Conversación con Monsieur de Saci*, en *Blaise Pascal*, Madrid 2012, 884.
- [7] *Íd.*, *Pensamientos*, “Memorial”, Laf. 913.
- [8] *Ibíd.*, Laf. 926.
- [9] Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 65: AAS 110 (2018), 1129.
- [10] *Ibíd.*, 167: AAS 110 (2018), 1158.
- [11] *Pensamientos*, Laf. 12.
- [12] G. Périer, *Vida de Monsieur Pascal*, *op. cit.*, 841.
- [13] Cf. *ibíd.*, 842.
- [14] *Ibíd.*
- [15] “Pascal”, en *Gloria. Una estética teológica. Estilos Laicales*, Madrid 1995, 191.
- [16] *Pensamientos*, Laf. 307.
- [17] *Ibíd.*, Laf. 110.
- [18] *Ibíd.*, Laf. 533.
- [19] *Conversación con Monsieur de Saci*, *op. cit.*, 891.
- [20] Cf. *Pensamientos*, Laf. 208.
- [21] *Ibíd.*, Laf. 200.
- [22] *Ibíd.*, Laf. 199.
- [23] *Ibíd.*, Laf. 427.
- [24] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 231: AAS 105 (2013), 1114.
- [25] *Pensamientos*, Laf. 678.
- [26] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 232: AAS 105 (2013), 1114.
- [27] *Pensamientos*, Laf. 114.
- [28] *Ibíd.*, Laf. 117.
- [29] *Ibíd.*, Laf. 427.

- [30] *Ibid.*, Laf. 136.
- [31] *Ibid.*, Laf. 622.
- [32] *Ibid.*, Laf. 148.
- [33] *Ibid.*, Laf. 116.
- [34] *Ibid.*, Laf. 131.
- [35] *Ibid.*, Laf. 613.
- [36] *Ibid.*, Laf. 149.
- [37] H.U. von Balthasar, "Pascal", en *Gloria. Una estética teológica. Estilos Laicales*, Madrid 1995, 194.
- [38] *Pensamientos*, Laf. 149.
- [39] *Ibid.*, Laf. 913.
- [40] *Catequesis* (3 junio 2020): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (5 junio 2020), p. 12.
- [41] *Pensamientos*, Laf. 913.
- [42] *Ibid.*
- [43] Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998), 76: AAS 91 (1999), 64.
- [44] Cf. H. Gouhier, *Blaise Pascal. Commentaires*, París 1971, 44-45.
- [45] *Pensamientos*, Laf. 189.
- [46] *Ibid.*
- [47] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 8: AAS 105 (2013), 1022.
- [48] Cf. *Pensamientos*, Laf. 298.
- [49] *Ibid.*, Laf. 208.
- [50] *Ibid.*, Laf. 242.
- [51] *Ibid.*, Laf. 919.
- [52] *Catequesis* (21 noviembre 2012): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (25 noviembre 2012), p. 12.
- [53] *Ibid.*
- [54] *Conversación con Monsieur de Sacy, op. cit.*, 881.
- [55] *Pensamientos*, Laf. 173.
- [56] *Ibid.*, Laf. 298.
- [57] *Homilía en la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo* (20 noviembre 2022): *L'Osservatore Romano* (21 noviembre 2022), p. 3.
- [58] Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae* (7 diciembre 1965), 11: AAS 58 (1966), 937.
- [59] *Pensamientos*, Laf. 149.
- [60] *Ibid.*, Laf. 7.
- [61] *Ibid.*, Laf. 380.

- [62] *Ibid.*, Laf. 308.
- [63] *Ibid.*
- [64] *Ibid.*, Laf. 512.
- [65] *Ibid.*, Laf. 110.
- [66] *Ibid.*
- [67] *Ibid.*, Laf. 427.
- [68] *Catechesis* (9 febrero 2022): *L'Osservatore Romano* (10 febrero 2022), p. 3.
- [69] Cf. J.-L. Marion, *La Métaphysique et après*, París 2023, 356.
- [70] *Decimoséptima carta provincial, op. cit.*, 206.
- [71] Cf. B. Neveu, *L'erreur et son juge: remarques sur les censures doctrinales à l'époque moderne*, Naples 1993.
- [72] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo* (22 febrero 2018); Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 57-59: AAS 110 (2018), 1127-1128.
- [73] Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 59: AAS 110 (2018), 1128.
- [74] Carta ap. *Desiderio desideravi* (29 junio 2022), 20: *L'Osservatore Romano* (30 junio 2022), p. 9.
- [75] Cf. B. Pascal, *Ceuvres complètes, éd par L. Lafuma*, París 1963, fr. 931, p. 623. Al comienzo de ese fragmento se encuentra, tachada, esta frase: «Amo a todos los hombres como hermanos míos porque todos están redimidos».
- [76] *Pensamientos*, Laf. 360.
- [77] Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 237: AAS 105 (2013), 1116.
- [78] G. Perier, *Vida de Monsieur Pascal, op. cit.*, 873.
- [79] *Ibid.*, 874.
- [80] *Ibid.*, 871.
- [81] *Ibid.*, 875.
- [82] *Pensamientos, "Memorial"*, Laf. 913.

VARIOS

BODAS JUBILARES EN SAN JUAN DE ÁVILA

Como cada año los sacerdotes de la Diócesis celebraron la fiesta de su patrón, San Juan de Ávila. Tras los saludos de rigor, tuvo lugar una conferencia para informar a todos sobre el trabajo que ha llevado a cabo la “Comisión para la adecuación de la Diócesis a las necesidades pastorales actuales”, que ha estado integrada por sacerdotes y laicos de diferentes perfiles de la Diócesis. Una iniciativa que surgió de la Asamblea Presbiteral de noviembre de 2021 celebrada en Ávila.

Don Ángel Galindo, Don Fernando Mateo y Don David San Juan fueron los encargados de presentar el documento que recoge el trabajo que los miembros de la comisión han desarrollado este último año. Un documento que se ha resumido en 17 páginas y que sienta las bases para desarrollar propuestas más concretas en el ámbito territorial y pastoral de nuestra Diócesis. Así, tras la exposición de la fundamentación teológica, procedieron a exponer el análisis realizado de la situación pastoral y territorial diocesana, especialmente en cuanto a situaciones a afrontar y resolver para, a continuación, proponer las líneas de actuación que sirvan de punto de partida para establecer acciones concretas. Un paso previo para que todos los que formamos parte de la Diócesis trabajemos en sinodalidad para responder a las necesidades existentes y hacerlo de la manera más eficaz y atenta posible.

Tras la conferencia se pasó a la iglesia del Seminario para celebrar la Eucaristía que presidida por nuestro Obispo concelebraron el Obispo emérito Mons. Ángel Rubio y los sacerdotes que celebraban sus bodas jubilaes sacerdotales, que fueron los siguientes:

- Bodas de Oro nuestro propio Obispo Mons. César Franco, por sus 50 años de sacerdocio.
- Bodas de Platino Don Juan Pablo Martín Nieva y Don Mariano Tejedor Domingo por sus 65 años de sacerdocio.
- Bodas de Titanio Don Cipriano Herranz Herrero por sus 70 años de sacerdocio.
- Bodas de Brillantes Don Manuel González Cano por sus 75 años de sacerdocio, caso casi insólito que no recordamos en larguísimos años.

No ha habido Bodas de Plata, lo que demuestra ya la decadencia de vocaciones y que no haya sacerdotes que hubieran celebrado los 25 años.

La iglesia del Seminario se llenó con el resto de sacerdotes, familiares, amigos y feligreses. En su homilía, Don César se erigió en portavoz de sus compañeros para recordar los años de ministerio, sin creerse aún que esté cumpliendo 50 años de sacerdocio. *«Por delante de nosotros va el Señor resucitado que abre el camino»*, trasladó a sus hermanos presbíteros, asegurando que han dejado también al lado del río la red llena de peces, *«símbolo de la pesca del Señor que se ha servido de nosotros, sus humildes pescadores»*.

Recordó que los sacerdotes homenajeados fueron todos ordenados en mayo, tiempo de Pascua, lo que le sirvió a Mons. Franco para alabar este tiempo litúrgico, tan importante en la vida del Señor y el ministerio sacerdotal. *«El Señor nos ha llamado y nos ha puesto ante el mundo como luz de las gentes para la salvación hasta el confín de la tierra»*, para, a renglón seguido, mantener que *«no tendríamos años»* para cumplir la misión encomendada, *«porque es algo que nos supera y nos trasciende»*.

Por eso, el día de San Juan de Ávila, es día para dar las gracias a todos los que han hecho posible que los presbíteros hayan llegado al ministerio. Aprovechó en este punto

para agradecer al cardenal Tarancón que le ordenó, por los sacerdotes y profesores, por los amigos y por el pueblo santo de Dios *«que ha hecho que pudiéramos serviles»*.

Se mostró conmovido por sus compañeros mayores, y por su fidelidad como respuesta a la fidelidad de Dios. En un día como hoy, también ha dicho que es necesario someterse a la pregunta del Señor *«¿me amáis?»*, para responder que, a pesar de las deficiencias de cada uno, *«por supuesto que le amamos»*.

Como era lógico aludió a la figura de San Juan de Ávila como un referente cuya trayectoria puede desanimar a la comparación, pero puede estimular a los sacerdotes para su ministerio. A renglón seguido, dio de nuevo gracias a Dios por permitirle officiar la Eucaristía porque *«no hay nada comparable con el don de prestar mis labios y mis manos a Cristo para hacerle presente en medio de la comunidad»*.

Finalmente, Mons. Franco animó a sus hermanos a mostrar su agradecimiento al Señor por haberles permitido cuidar del rebaño de Cristo. Un paso previo para que todos los que formamos parte de la Diócesis trabajemos en sinodalidad para responder a las necesidades existentes y hacerlo de la manera más eficaz y atenta posible.

La fiesta finalizó con una comida fraterna en la casa de espiritualidad y se les entregó a cada uno de los homenajeados una bandeja grabada con sus nombres y la fecha de este acontecimiento.

DÍA DE CONVIVENCIA SACERDOTAL

Como es tradicional al final del curso lectivo un grupo de 30 sacerdotes con el Sr. Obispo convivieron el día 20 de junio y visitaron en primer lugar Celeruega, cuna de Santo Domingo que Guzmán, donde visitaron el Museo de las Madres Dominicanas. Desplazados a la Abadía de Santo Domingo de Silos visitaron el Monasterio con su impresionante biblioteca, su antiquísima farmacia y el famoso claustro en cuyo jardín se yergue al cielo el poético ciprés de Silos. Les acompañó el P. Abad Dom Lorenzo Maté. Celebraron la eucaristía en el Monasterio, presidida por Don César, pasando a continuación a cantar la Hora Sexta con los monjes. La comida tuvo lugar en un restaurante cercano a Monasterio.

Se completó la tarde visitando en Covarrubias su antigua Colegiata, hoy parroquia, invadida de sepulcros de nobles. Pasando por el claustro llegaron al museo parroquial, que alberga obras de primera categoría y que las fue explicando de una manera excelentemente catequética un guía de la propia parroquia. Finalizada esta visita los sacerdotes regresaron a Segovia y a sus distintos destinos. Un día donde se pudo gozar de la amistad y fraternidad sacerdotal.

